

MÁQUINAS DE ESPERANZA

PABLO RACCA

casagrande



Máquinas de esperanza

Pablo Racca



Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial 3.0 Unported de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0>

1

Laura se sienta frente al escritorio, el estómago revuelto después del tránsito revuelto después del almuerzo de menú arriesgado. La carta del restaurante era una fórmula para la incertidumbre y había pedido cualquier cosa. Luego el taxista y sus frenadas y aceleraciones desacompañadas, bruscas, como si necesitara agitar el auto para desquitarse de algo. El malestar estomacal se proyecta y expande por vías internas, alcanza los sensores de estabilidad. La cabeza duda de la estructura que la sostiene, aun si no hay cambios estructurales en Laura, aun si está sentada, aun si acomoda la respiración, apoya la cabeza en la mano, resiente las decisiones diminutas que pueden arruinar el día entero.

La tarde empieza a correr hacia adelante, arrastra hacia atrás reuniones, tiempos de entrega, compromisos que se acercan con obstinación. Laura conoce sus responsabilidades como líder de equipo pero, "Necesito relajar", piensa, e ingresa a la página web de compras *online*. Descansará la cabeza pasando o paseando la vista por góndolas virtuales.

Clickea sobre un producto, revisa la descripción, vuelve atrás. Se mueve hacia arriba o abajo en la pantalla, sigue la intuición que construye pasillos rodeados de vestidos, pulseras, zapatos, sombreros de colores y variantes que —lo sabe, o construyó esta idea de alguna manera— no encontrará en locales que puede visitar a pie en la ciudad. No se detiene a calcular cuánto hace que no visita un negocio. Ha olvidado también la discusión respecto al cambio en los modos de consumo. Y sin duda ha borrado de su memoria un detalle que rodea la experiencia presencial superada, uno que reaparece en su concepción del mundo durante esta tarde de estómago cansado, cuando una pequeña ventana de chat se abre en la pantalla, sin previo aviso e incluyendo las palabras “Me ayuda con una moneda” encerrada entre signos de interrogación.

Clic en × como acto reflejo. Cierra la ventana de chat.

“Será una publicidad más”, piensa.

Clic sobre cualquier parte de la página, sin pensar. El navegador parpadea y muestra la imagen de alta calidad de un producto de dudosa calidad. En seguida, el sonido agudo, breve, casi imperceptible: la ventana de chat se reabre, muestra la frase “Me llamo Verónica” justo debajo de la pregunta anterior.

El cursor se acerca a ×. Pero cerrar no cierra, más bien aparta de la vista, esto ya es deducible. La mano va del *mouse* a la frente. Dos superficies húmedas se encuentran. Entonces el movimiento rápido y el navegador está cerrado.

Verónica vuelve a acomodarse en su lugar. Reubica las zapatillas sobre las huellas que dejan cada día en la tierra. El pasto ya no crece ahí. Tampoco alrededor de la circunferencia que marca el balde-dado-vuelta que usa como asiento, en la posición exacta donde recibe una señal de *wi fi* débil y constante.

Apoya los codos sobre los muslos. Recorre cada parte del cuerpo para asegurarse de que todo está quieto. Ve: dos líneas, una, dos. Una. La intermitencia del indicador de señal. Verifica configuraciones. Desactiva y activa el ícono de internet. Los dedos dejan huellas sobre la pantalla. Sin mover la cabeza —habilidad de globos oculares—, pasa la vista por la fachada del edificio de enfrente y alcanza el balcón de donde supone que viene su *wi fi*. Repite con un silbido la contraseña prestada. Es un reflejo que tiene. Recuerda la escena frente a la puerta del edificio y cómo la secretaria de alto rango en alguna oficina, sin mirarla, mientras buscaba en la cartera la tarjeta magnética para abrir la puerta, dijo, “No tengo nada”, y luego se sorprendió al oír, “Nomás le pido *wi fi*, lo necesito para trabajar”.

Difícil descifrar la trayectoria del pensamiento de la secretaria, pero algo en la combinación de apuros —por la llegada al trabajo, por sacarse a esta persona de encima— provocó la emisión sonora, cortante, de dos exhalaciones que bien podrían haber sido movimientos de navaja sobre la piel de quien tenía adelante. Verónica memorizó nombre de red y contraseña.

La señal vuelve a ser estable. Verónica presiona con más fuerza de lo necesario sobre la palabra “Actualizar” en la aplicación. Allí está su pregunta en el chat, su presentación, pero el programa no le permite ver si hay respuesta, enviar otro mensaje, cerrar el chat, nada. La imagen está congelada. Duda. Y entonces la pantalla parpadea —va a negro y vuelve en sí— y el contador que representa el dinero pasa de cero a cien. Otro parpadeo. Otro. El indicador crece, la sonrisa en la cara se ensancha y en seguida el ceño fruncido, la concentración. Aprieta el teléfono con cuidado de no accionar ningún botón externo, mide la presión de ambas manos sobre el aparato: necesita que permanezca en el mismo lugar, quieto en medio del aire, donde determinar y mantener posiciones es juego de locos.

“Estoy cerca estoy cerca estoy cerca”, piensa. El momento de celebración íntima es oasis en medio de una interioridad que es desierto árido¹. Repasa posibles destinos para el dinero. El ritmo de respiración se acelera a la par del pulso. Levanta la vista y, con el envión, el brazo y la palma extendida. (De a ratos se miran con su marido. Él saca la vista de los autos que cuida, se pasa el trapo de una mano a la otra, y la saluda desde

¹ Esto no habla de Verónica, sino del aparente empeño que ponen las personas en espaciar momentos de celebración.

alguno de los lados del triángulo de pasto² donde los dos trabajan. En seguida mira para otro lado, como si alguien o algo estuvieran por llegar. Verónica guarda ese gesto, que es como un almohadoncito en medio del día, y no pide más. No espera que Ernesto se acerque, que le charle un rato. Ernesto es más lindo de lejos.)

2 La noche anterior a la entrega del proyecto de urbanización que realzó el valor inmobiliario de aquel sector de la ciudad —proyecto que desplazaría a quienes antes habían acomodado chapas y alambre como techo, aprovechando los terrenos en desuso—, un estudiante de tercer año de la carrera de Arquitectura que trabajaba como pasante en el estudio encargado del proyecto, haciendo horas extras que nadie le había pedido que hiciera, ni él prefería hacer pero que imaginaba (acertaba) que los jefes esperaban que hiciera, encontró un pequeño error de cálculo en los planos. Lo hizo al mirar por enésima vez la misma imagen en la pantalla. Esta vez lo hacía sin prestar atención, ya relajado. “Los números no dan”, pensó. No llegó a la conclusión porque estuviera rehaciendo cuentas, ni siquiera analizando números. La certeza se le presentó como si hubiera estado dentro de él desde siempre, apisonada bajo la presión de semanas de trabajo sin descanso. “Los números no dan”. Unos clics sobre lugares determinados del plano digital: efectivamente había errores. Ajustando los números, aparecía un hueco en medio del complejo inmobiliario. El vacío en la pantalla y en el pecho. “¿Qué hago con esto?”. Lo dijo en voz alta, dejó libre la mano derecha para que golpeará algunas superficies con intensidad. El reloj decía: tarde. La opción de anotar a los jefes le generaba tal mezcla de indignación, insatisfacción, angustia, que la descartó. “No hago nada”, dijo. “No hago nada, es lo mejor, esto no lo vio nadie”. Y dibujó los tres segmentos que para él significaban nada. Lo hizo antes de las doce, pero guardó y envió el archivo final avanzada la madrugada. También actualizó el archivo en la nube, el espacio de almacenamiento virtual que usaban en el estudio. El triángulo pasó desapercibido en las presentaciones. Apenas se detuvo en él el director de obra al traerlo a la realidad. Y nadie le prestó mucha atención hasta esa primera persona que, tras dar eternas vueltas por el barrio buscando espacio para estacionar, subió al cordón sin cuidado y dejó la camioneta ahí, aventajando a tantos que debían conformarse con estacionamientos carísimos. La semana siguiente eran diez autos sobre el lado más largo del triángulo (escaleno, si vale la precisión geométrica). Al poco tiempo un tal Iván se presentó como cuidacoches, pero duró poco hasta que Ernesto se hizo presente, le desafió el lugar y lo ganó a la fuerza.

—¿Qué pasa con internet?

La voz es grave y ocupa toda la oficina.

—¿Qué problema hay? ¿Se te colgó?

—A mí también se me congela el navegador —una tercera voz.

—Yo estoy trabajando con la red interna de la empresa y tengo acceso.

—El problema es lo externo. —Se refiere a la internet completa.

El grupo de programadores, cada uno frente a su computadora, abre y cierra ventanas al tiempo que conversan.

—El chat de la empresa funciona, estoy hablando con un cliente.

—Nah, no puedo publicar en mi cuenta. —Se refiere a alguna red social.

—¿Más fotos del viaje?

—¿Qué te importa?

—Lo mismo que al resto de tus seguidores: nada.

—Veinte *likes* en la última publicación, papá.

—*Influencer* te dicen.

—¿Alguien tocó la configuración de seguridad?

Y entonces la conclusión:

—Restringieron la internet no-corporativa otra vez. No se puede entrar a nada. —Se refiere a las páginas web que no están relacionadas con la empresa.

—Entonces sí: cambiaron la configuración.

—¿Quién?

—Yo bloqueé todo para que el Ostra deje de subir fotos del viaje.

—Gracias, Huevo, sos un amigo.

—Amigo en Instagram³ nomás. Decímelo por ahí.

—Te envío el mensaje pero me lo bloquea.

—Cállense un toque, please. —El tono es de liderazgo (natural más que dado por la jerarquía de la empresa)—. Edu, ¿fuiste vos?

—*Please* tu abuela.

—A mí no me pidieron que cambie nada —dice Edu.

—Fue alguien de arriba. —Esta frase habla de jerarquías artificiales.

La conjetura es cierta, si bien “arriba” es a un costado, y es una etiqueta que Laura desprecia. Algunos tuercen el cuello hacia la puerta con las palabras “Líder de equipo”. Allí dentro, frente a la pantalla de configuración de redes —una colección de cuadros de texto, campos de múltiples opciones, fondo gris y diseño que remite a la computación de décadas anteriores—, Laura lee y modifica opciones a gusto, corta los hilos virtuales que conectan a la oficina con el mundo, mientras ensaya en su mente un escenario de mesa redonda y múltiples actores. Desarrolla argumentos fríos

³ Red social.

que ocultan los más cálidos para explicar su decisión: cambia inseguridades personales por grandes problemas de seguridad en la red, peleas con Andrés —su pareja— por problemas en la productividad del equipo, la necesidad de que Elenita la mire por cualquier otra cosa que se le ocurra en el momento, ya lo pensará, porque los ojos esquivos de su hija inundan su imaginario y llevan el *mouse* al botón de “Aceptar”, que tiene efectos de muros electrónicos para las computadoras de la empresa.

El cuello doblado a noventa grados, Andrés maneja el celular con un dedo. El resto de la mano es figura aovada que sostiene el aparato. La pantalla es mayormente negra, excepto por las letras blancas, diminutas, que aparecen línea a línea, mostrando una conversación entre varias personas. Andrés lee, no participa. Tose, se cubre la boca con el brazo desocupado, vuelve a toser. El sonido hace eco en el pasillo a su espalda. El ámbito es escolar: un patio de colegio, lleno más de silencio que de gente. Los chicos, ordenados en filas por curso, no pueden usar el celular. Los profes —se espera— deberían dar el ejemplo. El director habla al micrófono, mueve la cabeza de izquierda a derecha y viceversa, una costumbre que nadie logra sacarle. La voz va y viene. El discurso de cierre del día se torna confuso.

El silencio se hace total. Andrés tose otra vez al tiempo que recibe un codazo y, con efecto retardado, decodifica las últimas palabras del director, que todavía revolotean en alguna parte del oído.

—Es el momento de rezar.

Andrés sabe que sabe lo que tiene que hacer. Le informaron más temprano sobre esta tarea: es el turno de Arnaldo para hacer la oración de cierre del día. Andrés reemplaza a Arnaldo, el profesor de computación. Como si alguien hiciera un chasquido de dedos, se despega de la pared, vuelve a toser y avanza. Es agnóstico. Dudó si debía aclararlo al tomar el reemplazo en una escuela católica. No lo hizo. Probablemente, a nadie le importa. Probablemente, la mitad de la escuela no cree o no le interesa creer (en esto erra, pero erra porque piensa en esto apurado). Atraviesa el grupo de docentes, los imagina a cada uno en su mundo, esperando que el día laboral termine de una vez.

—El Santiagueño —dice para sí mismo mientras toma el micrófono que el director le ofrece.

Evoca la imagen viralizada del gurú espiritual del momento, ese hombre que baja desde Santiago del Estero curando vacas y apaciguando bestias con gestos interpretados como milagros, nombrándose Hijo con mayúsculas y pregonando algún nuevo giro del sentir moral celestial. Sin pestañear, con la mirada en el auditorio, lleva el celular a la boca, repite la frase como comando para activar el motor de búsqueda del aparato. Los ojos pasan por los chicos del colegio, capta sus miradas, alcanza a pensar, “¿A quién están viendo?”, “¿Quién soy yo para ellos?”, que enlaza con “¿Tiene sentido este ritual entre desconocidos?”, y luego de esta secuencia de ideas que apenas ocupa tiempo, baja la vista al celular, ubica la garganta —tose— y lee. Lee el primer resultado de la búsqueda, la síntesis de un discurso del Santiagueño publicado por un portal de noticias. Lee saltando las partes que

considera imprácticas, con la seguridad que sólo la reverencia o la irreverencia pueden dar. El celular vibra, muestra notificaciones sin cuidado, pero Andrés lee, impasible. Lee la palabra “Dios” y hace una pausa. Interpreta que eso valida el texto para el momento de oración. Piensa —sin dejar de leer— en qué pasaría si cruzara la vista con el director. La pantalla del celular muestra —mientras lee— fragmentos de mensajes de texto de Laura, de Maite, de la sala de chat *online* de la que es parte. El cosquilleo de las vibraciones sobre la piel. Andrés pelea contra la dispersión como si el espacio entre el micrófono, su boca, el celular, su mirada, fuera el escenario de una batalla de dimensiones épicas por su atención. El tono de voz no cambia. Concentrado en la postura, en el aire que entra y sale del cuerpo, pierde el hilo. El esfuerzo por estar ahí es tal que ya no está ahí. La atención se le escapa. Ya no sabe que lee ni qué lee, o si el aire le alcanzó para completar la última frase. Alza la cabeza preocupado por el efecto de su distracción. La gente se dispersa como si lo que hubiera sucedido fuera el equivalente a casi nada.

“Lo de la relación abierta no me sirve”, piensa Maite. Mira el celular como si el aparato fuera la cara de Andrés y gruñe sin sonido (el gruñido suena en su mente). “Esto no me sirve”, escribe y envía por mensaje de texto. Los caracteres son codificados y lanzados en bloque por el aire, donde danzan en ondas perfectas cargadas de información. Buscan la antena más cercana, como conjunto armonioso que desconoce la carga de odio que transporta. Las antenas repiten sin interpretar: hay un único aparato que puede decodificar lo que allí dice —el celular de Andrés— y por eso no se esfuerzan. En segundos, Maite recibirá la confirmación: el mensaje es recibido. Pero más rápidos son los impulsos eléctricos en su cabeza que la llevan a oscilar, en ese período, entre arrepentimiento y convicción por las palabras enviadas, a frustrarse por sus propias dudas, por desconocer si fue impulsiva o sensata o si esto o aquello y todo ese mar de emociones conocidas.

—Boluda, esto no me sirve. —La voz de Maite se dirige al celular, que graba lo que capta el micrófono para enviarlo, con diferente codificación y

destinataria otra vez por el aire—. Necesito hablar con él ahora y el imbécil no me responde, ni tampoco va a venir. —Hace una pausa—. Tiene que volver a su casa a estar con la pareja y con la hija, y yo me quedo como una boluda tirada en la cama con esta sensación de mierda, tomando pastillas que no me hacen nada.

Agrega un insulto como punto final y envía el mensaje. Puede sentir las ondas atravesarle el cuerpo y viajar por la pieza, rebotar contra la pared hasta dar con una superficie por donde filtrarse al exterior. La sensación le hace doler el cuerpo, aun si es sugestión imprecisa porque todo el tiempo están viajando ondas desde y hacia el celular.

Se tira de espaldas en la cama.

—Ay, ¿qué pasó, boluda? ¿Estás enferma? —escucha en el audio que es respuesta al anterior. Se arrepiente de haber enviado el mensaje a la amiga. No tiene energías para contar a otra persona sobre las dos horas que estuvo parada bajo la lluvia, mirando al caballo que se moría al costado de la ruta, o que ella pensaba que se moría porque no tenía forma de comprobarlo. Lo único que podía ver a esa hora, por las luces del auto, eran las patas, la panza, parte del costado del caballo joven tirado en el suelo después del choque, en medio de ese camino rural que parecía abandonado, atajo que le había mostrado Andrés en el mapa para no demorar el regreso y tener más tiempo para verse. Podía imaginar la sangre en el lado oscuro del animal, el lado que no tenía con qué o no quería iluminar. Lo escuchaba respirar agitado, haciendo una combinación de lamento agudo con ruido de labios entrechocándose. Le daba asco tocarlo;

irse le generaba culpa. Pensó que nunca había matado a nadie. Pensó que no le iba a volver a pedir prestado el auto al padre, que no iba a manejar nunca más. Pensó en llamar a Andrés, pero ese atajo no tenía cobertura de señal, lo que a Andrés, paradójicamente, le hubiera encantado saber. “Ay, caballito, perdón”, pensó o dijo mil veces, mientras temblaba bajo el chubasco de verano que en un primer momento la había confortado. No lloró. Cuando volvió a casa empapada, Andrés la abrazó, se acostaron y todo estuvo bien. Cuando al otro día notó que la patente del auto no estaba en su lugar y manejó hasta el camino y encontró que la chapa estaba incrustada en el costado del caballo, que el animal todavía sangraba y todavía respiraba, entonces le bajó la presión, se le doblaron las rodillas y con todas las defensas bajas se le metió algún virus en el cuerpo.

Maite no quiere hablar de esto con otra persona más que Andrés. Y Andrés no viene.

—Es por el cambio de clima, amiga —responde y suelta el celular sobre el colchón. Cierra los ojos, estira la sábana hasta arriba, lleva las manos a la cara. Si fuera por ella, seguiría añadiendo capas que la separen, cada vez más, del resto del mundo.

—Uy, el trabajo —dice para sí misma.

A tientas, busca de nuevo el celular. La vista sigue en el techo, la mano reptante sobre el colchón. Y entonces siente el frío del metal sobre el antebrazo y todo sucede al mismo tiempo: el sentido de alarma (la mano erró el recorrido), el movimiento sobre sí misma que ya se sabe inútil, el

aparato que desliza hacia el costado, llega al borde de la cama y cae, como cada día caen los aparatos en este mundo: patéticamente.

Andrés desliza el dedo, la pantalla del celular se divide en una cuadrícula que muestra las aplicaciones abiertas en simultáneo. Selecciona una con golpe suave, tose hacia un costado. La tos es breve, seca. La animación —ventanitas que rebotan graciosamente y escapan hacia el fondo, excepto la elegida que se expande hasta ocupar toda la pantalla— es ágil, armoniosa. Andrés observa el mapa digital de la ciudad, se detiene en los puntos de colores esparcidos por ahí. Toca uno y otro con el dedo pulgar, lo que despliega globitos que contienen una letra —L, M, E, y así—. Un punto cambia de azul a gris⁴.

—¿Maite?

Andrés se encoge levemente sobre su asiento, agacha la cabeza y acerca la vista al celular. En sincronía, el colectivo frena de golpe, la inercia vence, cabeza y celular chocan contra el respaldo del asiento de adelante.

Se oye más de un insulto. El de Andrés, por lo bajo. Mira a la persona a su lado, luego hacia afuera. Sentado en el borde del asiento, busca el

⁴ Una convención de origen poco claro otorga al gris un significado universal en el mundo informático: la desconexión, lo deshabilitado, y tal vez otros muchos *des*—.

origen de la maniobra. Al mismo tiempo, el pequeño círculo rosa con la letra E, estático hasta hace un momento, empieza a moverse en el mapa.

—Cierto, las mesas —dice Andrés, el cuello estirado por encima de la gente.

Un camión cruzado en diagonal bloquea la calle y genera el desorden, atrae el sonido de decenas de bocinas. No consigue el ángulo de giro entre las barreras improvisadas por la policía y los autos estacionados. En la calle siguiente, las mesas fantasmas, alineadas frente a la dependencia provincial⁵.

—¡Vamos a desviar el recorrido! —anuncia el chofer.

—¡Chofer, chofer! —la voz asustada de una señora.

El grito salta entre un colchón de murmullos.

—Abajo —el vozarrón firme del chofer que silencia el lugar.

La directiva es para el muchacho que está sentado justo detrás de la señora. Más bien está echado sobre el asiento, un balde de pegamento entre las piernas, un escobillón entre las manos. Mira a cualquier parte menos al chofer.

—Abajo, no me hagás levantar, pibe —la voz ocupa todo el colectivo.

Nada.

—Eu, ¿no lo escuchás? —habla otro pasajero—. A vos, pelotudo,

bajate.

⁵ “Las mesas fantasmas: una protesta indescifrable”, es uno de los titulares que pueblan la web: treinta y nueve mesas o escritorios amurados (“acallados” más bien, amurados a la calle, las patas de caño de las mesas atornilladas al asfalto) interrumpen el tránsito. El cuerpo de la noticia: “Las mesas están ordenadas como si fueran puestos laborales callejeros o bancos de alumnos en un aula, enfrentadas a la dependencia provincial que incluye Impuestos, Catastros, Registro Civil, Defensoría del Pueblo, entre otras cosas. La hipótesis que propone una intervención artística fue descartada. Comentarios vinculan a las mesas con ‘el Santiagueño’. A continuación, fotos y videos”.

Y luego la actuación, que sólo demora lo que el muchacho sabe que va a pasar. No es una buena actuación.

—¿Qué pasa? —dice—. Si ni la toqué a la señora, chofer.

—Bajás y esperás el próximo.

—¡Bajate, forro! —alguien más.

—Chofer, me conocés y sabés que no hago nada acá arriba.

—Abajo.

—Pero si estoy tranquilo... —levanta los hombros, palmas de las manos extendida hacia adelante.

Las voces se arremolinan alrededor. La inercia de la frenada lo había levantado del asiento, como a todos, y había rozado la cartera de la señora.

—El chico no hizo nada. —Es la voz de Andrés.

—Lo conozco y ante la duda se baja —el chofer.

—¿Qué sabe usted si hizo o no hizo? —el reclamo de la señora denunciante a Andrés.

El chofer se pone de pie y camina hacia atrás con una prepotencia que parece canalizar los escándalos dentro y fuera del colectivo⁶.

—¿Viste algo? —le pregunta a Andrés. Lo hace desde muy cerca, la cara a milímetros de la de Andrés. Tal aproximación no se justifica. Andrés ahoga un tosido que hubiera terminado directo sobre quien tiene enfrente.

—Vi —dice. No aclara qué.

—Se bajan los dos.

—¿Qué? —la indignación del muchacho.

⁶ Referencia: *Ómnibus* (1951), de Julio Cortázar.

Andrés no responde. Pasa por encima del compañero de asiento, toma el balde de pegamento y se dirige a la puerta.

—Chofer, ¡tarda una hora en llegar el próximo!

—Te dejé subir y me hacés quilombo. ¡Bajá!

—¿Cómo que *me dejaste* subir? —muestra la tarjeta magnética—. ¡Yo pagué! ¡Como todos!

—Vamos —dice Andrés.

El muchacho mira el balde saliendo del colectivo.

—¿Qué hacés, flaco?

Y se apura a bajar atrás de Andrés.

El teléfono reverbera contra la superficie del escritorio. Las manos atropellan el teclado de la computadora. Una pastilla ovalada, blanca, vibra al ritmo del conjunto⁷. El tono de llamada —arpegio de guitarra acústica, suave— contrasta con la escena.

—Ahora no, ahora no —dice Laura sin sacar la mirada de la computadora.

La canción termina abruptamente. Quien llamó estará lidiando con la invitación al correo de voz. Laura asiente, corrige una diapositiva tras otra para la presentación.

—Deje su mensaje, que nunca no será escuchado —dice, impostando la voz.

El arpegio comienza otra vez. Los dedos quedan estáticos sobre una combinación aleatoria de teclas. Un suspiro cae como si saltara al vacío. Los ojos lo siguen, buscan la pantalla del celular: “Número privado”.

—Publicidad.

⁷ Hay partículas residuales que sugieren, junto a las gotas que resbalan sobre el interior del vaso, que hasta hace un momento había dos pastillas.

Laura espera. La llamada se apaga y, tras segundos, el teléfono vuelve a sonar.

—¿Qué... —ahoga otra palabra menos suave— pasa?

El brazo lleva la mano al aparato, atiende la llamada, acciona el ícono del altavoz.

—¿Hola?

—Buenas tardes —una voz femenina, formal, del otro lado—. Me comunico desde la tienda de compras *online*. Ante la acumulación de transacciones sospechosas, su usuario ha sido suspendido de forma temporal.

—¿Cómo?

—Por su seguridad, hemos eliminado la información de tarjetas de crédito y otras formas de pago asociadas a la cuenta.

—¿Hola? ¿Qué transacciones?

—Comuníquese con su banco o entidad financiera para que...

—¿Es una grabación?

El chasquido de la lengua. Laura interrumpe la llamada. Desliza hacia abajo el borde superior de la pantalla, despliega las notificaciones acumuladas. Superan la veintena. La sorprende encontrar varios SMS.

—SMS no⁸ —dice.

Vuelve la vista a la computadora. Demora en reconocer qué estaba haciendo hasta hace un momento. Mueve los labios con las palabras de la última diapositiva.

8 Ciertos medios de comunicación quedan asociados a una época. Los SMS, a una de especial nostalgia para Laura, asociada a un nombre: Damián.

—Esto está bien —dice.

Los dedos de la mano izquierda presionan dos teclas a la vez, buscan el navegador web. Escribe el nombre de la página de videos *online*. Una pantalla informa que no tiene permitido el acceso.

—Cierto —dice, ahora de buen humor.

Vuelve al celular, activa la función que transforma el aparato en un módem inalámbrico. La computadora, automáticamente —señal de que no es la primera vez que lo hace—, se conecta a internet a través del celular.

—Listo.

Enter. Vuelve a ingresar a la página de videos. Elige al azar entre los cuadritos con imágenes que el algoritmo presenta como recomendaciones⁹. No percibe el movimiento —letras danzantes— en la pestaña que corresponde a la página de compras *online*. Música de presentación. Una persona comienza a maquillarse y otras dos, en un pequeño rectángulo a la derecha, comentan al respecto (reaccionan). Tres rectángulos: la pantalla, el video, el video dentro del video. Quien se maquilla se identifica como varón. La cara está perfectamente blanqueada por la base de maquillaje. Aplica rubor, coloca unos puntos brillantes que sugieren triángulos invertidos sobre las mejillas. La calidad de la imagen no pierde nitidez en los acercamientos o cambios de *zoom*. La iluminación es perfecta, remite a

⁹ Dicen que se puede conocer a una persona por la página inicial (*home*) de recomendaciones algorítmicas de videos. En el caso de Laura, de izquierda a derecha, de arriba a abajo: Comediante de *stand up*. Video de personas arrojando cosas y acertando a su objetivo. Cosmética natural. Introducción a criptomonedas. Comentarista de noticias actuales en tono sarcástico. Video titulado: “el Santiagueño se ríe”. Un título extraño que incluye la palabra memes. Canal de recomendación de cosmética. Video de diez horas de imágenes de océanos y montañas. Canción de cantautor rioplatense. Resumen semanal de videos de accidentes tontos. Video titulado “Videodiario: Día 10 de cuidar a Piki” (se ve un loro en la imagen de presentación). Comentarista internacional: medio oriente y petrodólares. Consejos para acercarse a su hijo. Diez minutos diarios de relajación. Y así.

otros mundos. Los comentaristas irrumpen con gritos de exaltación ante ciertas intervenciones del personaje del video.

El celular vibra, Laura lo mira.

—Otra vez —el tono indignado.

Toma el celular. Se oyen golpes en la puerta. La voz de Laura se eleva sobre el sonido del video, mientras mueve el *mouse* para detener la reproducción:

—¿Sí?

Lee la última notificación, es de la aplicación de compras *online*.

—Laura, ¿estás?

La pregunta contiene varios significados.

—Dos minutos —responde, sin mirar hacia la puerta.

Dinero que vuelve a su billetera virtual.

—Ok, te esperamos en la sala de reunión —la voz se aleja.

—Ok.

Pulsa la notificación, el teléfono muestra varios movimientos de dinero desde su billetera a otra que no conoce. Un movimiento, al final, regresa todo el dinero a su origen. La suma da cero.

—¿Qué onda?

Mira la computadora, percibe —ahora sí— que la página de compras *online* está abierta.

—No tengo tiempo para esto.

Un clic y cierra el navegador. Desliza un dedo sobre el celular, elige la opción "Ignorar todas las notificaciones". La pantalla se despeja, excepto por un ícono que hace referencia al mapa virtual.

—¿Qué carajo?

El brazo libre empuja el escritorio, la fuerza mueve su silla hacia atrás. La vista sigue en el celular, el mapa se abre.

—¿Dónde está Elenita?

Sobre el escritorio no hay más pastillas.

El indicador de dinero vuelve a cero. Verónica mira el celular confundida. Nunca había recibido tanto dinero en un día. Y ésta es la primera vez que el contador baja. La gente puede enviarle plata a través de la aplicación, pero no sabía que podían quitarle.

—Maite, ¿cuenta igual la plata aunque me la saquen?

La pregunta reúne varias ideas —más bien las exprime— en una sola oración. Existen *rankings* semanales entre compañeras de equipo, *rankings* generales de equipos, premios por cantidad de transacciones, y así. También está el monto en la propia billetera, pero eso lo da por perdido. Suelta el ícono del micrófono y ve cómo el mensaje grabado se queda ahí, no se envía.

—¿Qué pasa ahora?

Y otra vez los dedos disparatándose de un lado a otro de la pantalla. No logra interpretar que el mensaje se envió pero no hay quien lo reciba. Tal vez el diseño de la aplicación no ayuda a interpretarlo —está usando el

servicio de mensajería interno de *Online Begging*¹⁰—, o es la frustración la que afecta la lectura de tanto símbolo en pantalla.

—Si yo estuviera coordinando, me llegarían los mensajes —dice para sí misma, hace referencia a los roles rotativos de los equipos de *Online Begging*.

—Eu, Chana.

La respiración es más pesada que los pasos que Verónica no oyó acercarse.

—Dame bola, Chana.

—No puedo, Ernesto, no entiendo nada este celular. —El reclamo solapado¹¹.

—Escuchame que me quieren sacar el laburo.

—¿Quién te quiere sacar? —Verónica todavía no atiende a Ernesto.

—Los mismos que vieron nuestros nombres en la lista del colectivo.

Verónica alza la cabeza, encuentra a Ernesto mirándola a los ojos. Dos personas que reconoce del barrio —los Carlos— hablan o hacen que hablan a los lejos, entre los autos.

—¿Qué lista? —Pero ya sabe.

—No te hagás. ¿Vos nos anotaste?

10 Sin traducción literal. La aplicación permite pedir transferencias voluntarias de dinero entre billeteras virtuales, en diferentes sitios de internet. Es también el nombre de la organización que reúne a los usuarios de la aplicación, los organiza en equipos con coordinadores y así.

11 Ernesto le había conseguido el celular. Un día volvió a casa cansado y golpeado, todo sucio, como atontado o lento de ideas, con la ropa húmeda y llena de manchas irregulares. Había dicho: “Acá tenés, para el laburo”. A Verónica se le abrieron los ojos. Absorbió todo lo que el otro no dijo ni ella quería preguntar. Desde ese día, sospecha de las fallas en la recepción de señal del aparato, las asocia a los medios oscuros que le consiguieron el aparato. Pero no acierta: más errática es la transmisión inalámbrica de información que las posibles formas de conseguir un teléfono.

La cabeza de Verónica tiende a bajar, duda.

—Yo no anoté...

—Chana —interrumpe.

—¡Me dijiste que le ibas a dar una oportunidad!

Se refiere al Santiagueño. Ernesto lleva una mano a la cabeza.

—¿A vos te dijeron algo de un terreno? ¿Vos hablaste con el de la política?

—¿El chico? ¿Qué tiene que ver?

—Te ofreció un terreno.

Verónica tarda en responder. De nuevo Ernesto:

—Y no me dijiste nada.

El celular vibra. Verónica baja la vista.

—¿Qué te dijo? ¡Dejá el celular!

—¡Es mi trabajo! —Pero esta afirmación no lleva a ningún lado.

—¡Dame bola que me están queriendo sacar el laburo a mí!

Verónica se agita. Busca las palabras para explicar, o más bien evadir, a Ernesto.

Vuelve al recuerdo de la conversación de los terrenos. ¿Qué dijo que podría haber generado semejante cosa? La memoria se empasta porque el mismo día en que el chico de la política —como le decía ella— le habló de un lotecito a su nombre o a nombre de Ernesto o el titular que eligieran¹²,

12 “¿Qué diferencia hay allá con acá?”, había dicho ella. “Allá no es una toma: el terreno va a ser de ustedes”, había dicho el chico. “¿Y eso qué tiene? Hace años que estamos acá y no nos dicen nada”. “Hace años que están sin cloacas, sin agua, sin cableado de luz”. “Allá no voy a tener trabajo”. “Ese trabajo es remoto, lo podés hacer desde cualquier lado”. “No sé”. “Sí, es así”. Al final de la segunda pava de mates, la conversación se había repetido varias veces. El aspecto tecnológico que daba lugar a la propuesta —ese grupo de personas que desde sus computadoras modificaría los títulos de propiedad de unos terrenos en desuso en tal parte del país— había pasado desapercibido, aun si, en comparación, Verónica estaba fascinada con su nuevo trabajo por celular, habilitado por otro conjunto de personas desde sus

Verónica, por la mañana, había estado en la primera reunión del trabajo por celular.

—Yo no quiero el terreno —dice Verónica.

Ernesto se acerca todavía más a su pareja. La expresión de la cara cambia gradualmente.

—Chana, estos tipos —señala hacia los Carlos— no están preguntando.

—¿Qué quieren, Ernesto?

—El trabajo. —Cuenta dos con los dedos de la mano derecha—. Y la casa.

—¿La qué?

—¡La casa, Chana! ¡La casa! —Ernesto grita y se mueve hacia adelante y hacia atrás— ¡Decime qué hago! ¡No me puedo agarrar con los dos y dicen que ya metieron gente en la casa! ¡¿Qué hiciste, pelotuda, qué hiciste?!

No es claro si los Carlos pueden oír, pero mantienen distancia. Un auto ya se fue y uno de ellos recibió la contribución, sonriendo al ver que el conductor no notó la diferencia o no hizo comentario al respecto.

Verónica sigue en voz alta:

—Están mintiendo. Yo no nos anoté en ninguna lista para ningún terreno.

—Es la misma lista que el viaje, Verónica.

Ese nombre en la boca de Ernesto.

—No me digás así.

—Es la misma lista, Verónica —vuelve a usar el nombre completo—.
¡Los que se van no vuelven! —Y Ernesto se acerca tanto a la cara de su esposa, ella se encoge de tal manera, que quien ve pensaría que la violencia dejó de ser verbal. Pero esas cosas no suceden a la luz del día, en una plaza pública, a la vista de todos.

—¿Qué decís, Ernesto?

—¡Que los que van a ver al Santiagueño no vuelven! ¡Se van del barrio!
¡Y vos nos anotaste ahí!

El contingente atraviesa campo limpio por alguna parte de la región pampeana.

—Nos han dado la tierra¹³.

Antes de ser contingente fue un puñado de diez, veinte personas de la periferia de una ciudad grande, al oeste del país, convocados para caminar hacia unos terrenos al este. El santo y seña se repite en los puntos de encuentro, cuando un nuevo grupo quiere sumarse:

—Nos han dado la tierra. Somos del barrio Bella Vista.

—¿Bella Vista dónde?

Son cuatro las mujeres encargadas del control. Revisan las hojas que listan quiénes se suman dónde.

—¿Cuántos son? —pregunta una, señalando la hoja.

—Veinte, veintidós.

—Esperábamos nueve de Bella Vista.

Las listas no son fiables.

¹³ Referencia: *Nos han dado la tierra* (1945), de Juan Rulfo.

—¡Estamos anotados!

—¿Quién los anotó?

Y las cuatro se consultan, deciden siempre sumar a todos los que llegan. Tras días de caminata, son más de doscientas personas.

El contingente es masa informe, una multiplicidad de burbujas moviéndose a su ritmo, acercándose y alejándose entre sí, colisionando y fusionándose en burbujas más grandes. A veces, dividiéndose. Las mujeres, al frente, marcan el pulso de viaje. Dicen: “Paramos un rato”. Dicen: “Seguimos”. Los mensajes no llegan a todos al mismo tiempo, el conjunto se mueve como acordeón.

—Hay que arrancar de nuevo —se oye entre los rezagados.

—¿Cómo? Si recién nos sentamos.

—Adelante ya terminaron de comer.

—¡Deciles que esperen, que acá no empezamos todavía! ¡Recién nos entregan la comida!

Los desfasajes. Y las historias que van de un lado a otro:

—Y así fue, flaco. Te digo: yo tampoco me lo esperaba. Bah, nadie se lo esperaba. Un día estaba almorzando en la terraza de mi casa, al otro estaba buscando un pedacito de tierra para juntar dos chapas. No volví a dormir en paz. Te digo: creo que estos días, en el piso en el medio del campo, estoy durmiendo mejor que en el último año. Parece mentira. Lo tengo grabado acá —punta del dedo índice sobre la frente—, imaginate: estoy parado haciendo el asado y allá, a mi derecha —extiende brazo y mano en esa dirección—, veo cómo cae la camioneta desde el techo del galpón. ¡A media cuadra de mi

casa nomás! El ruidazo que hizo, no te das una idea. Me doy vuelta, toda la familia lo había visto. Nos quedamos mudos. Era el galpón de la cervecería. En el barrio sabíamos que iba mal la cosa, pero no para tanto. Se tiraron los tres dueños en la misma camioneta. *Pah* —levanta la voz con la onomatopeya—. Y, no sé, pasan diez minutos, silencio absoluto en el barrio, y *pah*, empieza a rebalsar el tanque de mi casa. Estábamos en la terraza, el tanque está ahí, se cae la tapa encima de la mesa, el agua se lleva puestas las sillas, corren todos para adentro. Las canillas de la cocina, el baño, las rejillas: salta todo, sale agua por todos lados. Al rato estallan los caños adentro de la pared. Hermano: no había visto nunca algo así. Salía agua por todos lados. Y quedó todo ese asado ahí sin terminar —se lamenta—. Salimos a la calle. Mi señora estaba muda. Mi hija, abrazada a la pierna. Mi hijo preguntaba qué pasa, qué pasa. Yo miraba para todos lados. No podíamos saber en ese momento, después nos enteramos: la cervecería cerró llaves de paso, todo, cerraron *todo*. La empresa de Aguas había mandado más caudal para el barrio, para alimentar la producción de cerveza. ¿Quién se hubiera imaginado? Cerraron todo. El agua tenía que salir por algún lado. Te digo: yo no entiendo cómo funciona eso, pero la cosa es que la presión reventó los caños de diez, doce casas. En filita, todas de nuestra vereda. La cuadra entera en la calle. Volví a entrar a mi casa una sola vez: explotó el tele y me dio patada. Yo estaba en otra pieza y me dio patada el agua. La electricidad viaja por el agua, pá. No, yo no entré más. Me pegué un cagazo... Nos quedamos sin techo, hermano. Sin techo. ¿Quién nos lo iba a pagar? Juntamos cuatro chapas y paramos en el patio de mi cuñado. Ahora

me entendés por qué camino, ¿eh? Me decís que allá hay un pedacito de tierra para mí y yo corro.

2

—¿Qué hacen que están todos con el celular?

Laura arroja la pregunta de espaldas al equipo de programadores. No detiene el andar hacia la sala de reuniones. El murmullo de la oficina se apaga; esperan, agazapados, que la jefa pase de largo.

La cara de Laura aparece sobre el hombro de uno de los programadores.

—¿Qué es esa página? ¿Qué es ese video?

El sonido de la voz cosquillea la oreja. Laura se refiere a lo que ve en la pantalla de la computadora.

—Es la web del canal de noticias.

—¿Cómo entraste?

—Me estoy dando internet...

—No hay internet.

—Por eso: me estoy dando internet con el celu para poder entrar.

—Para algo corté internet —la voz es tajante.

Los comentarios entre los programadores reptan por el suelo.

—Laura...

La voz del programador es sobria, ese tono que uno (una, en este caso) no quiere escuchar cuando busca discutir, cuando espera que le peleen para cerrar los ojos y repartir piñas.

—¿Qué? —la voz de fastidio de Laura—. Te estoy escuchando.

Las palabras trastabillan. “¿Estás bien?”, querría decirle a su antigua compañera de escritorio. El silencio se extiende.

—Estamos recibiendo un llamado atrás de otro —el programador revalúa, cambia emoción por tecnicismo—. Alguien está entrando a los sistemas...

El ruido interrumpe. La mano de Laura se toma la panza.

—De la tienda *online*. Sí, ya sé —sigue Laura, sabe que el otro oyó lo que no quisiera que escapara de su interior.

—Del canal. ¿Qué...

—¿Del canal?

—...tienda *online*?

Las líneas de diálogo se entrecruzan.

—Laura, te esperamos —se oye desde la sala de reuniones.

—¿Qué pasa con el canal? —Laura al programador.

—Todavía no sabemos.

—¿Es un ataque a los servidores?

—No, parece que...

—Nosotros tenemos a cargo los servidores del canal. Nada más.

Laura entrecierra los ojos, la mano aplica un poco más de presión sobre la panza. Pierde imagen de autoridad. El programador se decide:

—Laura, ¿estás bie...

—Podemos verificar los servidores usando la red interna de la empresa —el esfuerzo para mantener el tono—. No necesitás internet.

El torso da un cuarto de vuelta en dirección a la sala de reuniones. La cabeza sigue en la discusión.

—Sí, pero no podemos ver los efectos de lo que hacemos si no entramos a la web del canal, que está afuera.

—No tenemos que ver nada de afuera y lo sabés.

Alguien se asoma desde la sala de reuniones:

—Laura —la voz es firme.

Laura lleva una mano a la frente.

—Se me quiebra la cabeza —le dice a nadie—. Disculpá —le dice al programador.

—Ok. Tenés razón —cede el otro. Busca el celular, desconecta la función que da internet a su computadora.

Laura lo mira contrariada.

—Ok —dice, asiente, y la cabeza acompaña al cuerpo, continúa el acto de irse de irse de irse.

Desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar, desarmar.
Desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar. Desarmar. Desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar. Desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar. Desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar, desarmar,
desarmar, desarmar, desarmar. Desarmar.

Así puede leerse el código de programación —instrucciones, comandos, parámetros, y otras cosas ininteligibles— que a velocidades infernales

escribe esta persona sentada a la mesa de algún bar de la ciudad. El teclado es extensión de los dedos. Cada golpe a la tecla *Enter* es un acento en esa especie de musicalidad que emerge de quien tipea con intensidad.

La mano derecha se aleja del teclado, repta sobre la mesa blanca del bar. Busca algo. Se arrepiente a medio camino y vuelve sobre las teclas.

—Guillo, las noticias.

La voz es sorprendentemente alta, sorprendentemente de mando. El mozo se acerca a la mesa a espaldas del programador. Alcanza el diario a un cliente de camisa con cuello desabrochado, que no parece satisfecho con las palabras del periodista en el televisor. Hay una dinámica atrofiada entre mozo y cliente, una servilismo antiguo que los dos parecen disfrutar. Hablan de temas comunes mientras uno hojea el diario, otro ojea el bar.

—Qué son esas mesas, Guillo. —La frase no es afirmación ni pregunta.

—El centro es un quilombo.

—Un megombo, Guillo. Más que un kilo.

—Sí.

—La humedad no ayuda nada.

—Es de locos.

—¿Por qué no usan las grúas para sacar las mesas?

—¿Qué grúas?

—Las de Tránsito. Las que usan para remolcar autos.

—Ah.

—Estarán remolcando autos, ¿eh?

—Qué manera de levantar autos esos tipos.

—Otro curro. Te congestionan toda la cuadra para cobrar unos mangos.

—Séh.

El programador se muestra inmutable, pero está atento al entorno. La vista va de la computadora portátil al televisor. Escribe (nunca deja de escribir). Sube la vista. Baja. Agudiza el oído, verifica que los temas de conversación entre mozo y cliente coinciden —cambiando apenas unas palabras— con los temas que propone el canal. Supone que los titulares del diario serán similares. La mano va a la pequeña bandeja, acerca el sándwich a la boca, vuelve a dejarlo sobre la bandeja¹⁴. Respira y presiona la tecla *Enter*. Alza la vista y comprueba que el punto —un pequeño cuadrado rojo— está ahí, en la pantalla del televisor. Presiona la misma tecla y desaparece. Sonríe. Repite y el punto parpadea al ritmo de la acción.

Escribe algo más. *Enter*.

El cuadrado crece en tamaño, cubre el logo del canal de noticias. *Enter*.

El cuadrado desaparece, la sonrisa se pronuncia.

—Es así, Guillo —la voz ocupa todo el lugar—, las cosas son así.

El mozo asiente, está de acuerdo. Las cosas son así.

—Guillo, acercate —otra vez esa especie de orden—. Vení, vení.

El programador ladea la cabeza, hace un esfuerzo para ver sin que lo noten.

—Vos sabés que yo aprecio lo que hacés, Guillo.

14 La escena abunda en las grandes ciudades: computadoras portátiles sobre mesas de bar, rodeadas de pequeñas botellas, vaso o taza de café, rara vez té, además de una bandeja de comida rápida a elección del usuario, quien saca provecho —o cree que lo hace— de la naturaleza portátil de su estación de trabajo, rodeándose de extraños y de un considerable ruido ambiente, a veces moderado por el uso de auriculares que entorpece los intercambios con el servicio del lugar.

El hombre habla mientras manipula un fajo de billetes, saca uno de nomenclatura indistinguible a la distancia. Toma al mozo del cuello, lo trae hacia sí, guarda el billete en el bolsillo de la camisa del otro.

—Así te lo agradezco, con una buena propina.

El mozo asiente en silencio, con expresión complaciente. Luego el ruido de las patas de la silla arrastrándose sobre el suelo. Y, *pac*, la silla golpea la silla.

El programador recibe el impacto —que es leve, no demasiado fuerte, es su disposición la que lo amplifica—, escribe una palabra más y presiona el último *Enter* con un golpe que podría haber agujereado la mesa. Con el mismo impulso se pone de pie y, sin todavía mirar al otro, grita a pulmón abierto, señalando el televisor:

—¡A ver de dónde carajo sacás ahora los temas para hablar!

Patea la silla y se abalanza contra el cliente de camisa, que no comprende, no atiende los cambios en la pantalla, el pitido agudo, la intermitencia del rojo que ahora ocupa todo el largo y ancho del rectángulo del televisor, mostrando imágenes extrañas, absurdas, dignas de esa tribu de programadores capaces de intervenir virtualmente casi cualquier cosa.

El departamento parece más chico. La congestión nasal es el centro de gravedad que comprime y atrae todo hacia sí, encoge el mundo. El lugar está a oscuras, excepto por las lucecitas navideñas — elegidas como decoración perenne, sin conexión a la festividad— que titilan en la oscuridad del ambiente. Compiten con las líneas de luz natural que se escurren entre las paletas de la persiana siempre cerrada. La cinta que permite abrirla está trabada desde hace meses. Maite sigue posponiendo el arreglo.

Toma el celular, intenta encenderlo por enésima vez. Estudia la pantalla rota, sigue con el dedo la rajadura principal. Microrrajaduras se ramifican por todo el vidrio. Observa el reflejo de su dedo sobre el negro perlado de la pantalla sin vida. Ya hizo los cálculos: tendrá que pedir plata prestada para llevarlo al servicio técnico, elegir entre las voces de reclamo: el padre —“¿cuánto tiempo más vas a seguir con los voluntariados¹⁵?”— o la madre,

¹⁵ El trabajo que Maite hace en *Online Begging* es voluntario. También es temporal: coordinar inicialmente un equipo hasta que el equipo logre la autogestión. También fue voluntario su trabajo previo, cliqueando publicidades de campañas solidarias en redes sociales para generar tráfico y visibilidad, actividad que mayormente hacía en el parque frente a su anterior departamento, donde cruzó por primera vez a Andrés.

que también algo dirá. Maite está acostumbrada a la dinámica, a llevar el orgullo a ras del suelo. No puede quedar incomunicada, no tiene otra herramienta de trabajo.

—...

El celular roto acentúa la soledad: no hay con quien hablar. El libro¹⁶, mudo, la mira desde la mesita de luz. Tampoco hay televisor en el lugar, una decisión que a veces resiente.

La acción es repentina, desconectada al fluir de sus movimientos anteriores: se incorpora, se acerca a un estante al costado de la cama — todo está al costado de la cama en ese departamento monoambiente— y enciende una vela.

Permanece de pie, la cara apenas iluminada por el fuego. El tiempo se distorsiona. Maite mueve la boca, apenas.

—La luz derrite la cera que sostiene la mecha que da la luz —dice.

Cierra los ojos, busca la conexión. La respiración es lenta.

—La luz derrite la cera...

—Papá, ¿qué es eso? —la voz infantil.

—Sacá la mano de la tele, Fran.

El vecino del departamento de al lado sube el volumen del noticiero.

—¿Qué ese cuadrado rojo? —otra vez la voz finita.

—¿Qué cuadrado rojo?

16 *En la casa de los sueños* (2019), de Carmen María Machado.

Maite agacha la cabeza, acompaña el movimiento con una inhalación profunda. No entiende si las paredes son angostas, si el problema son las puertas o qué. Oye como si estuviera frente a la pantalla.

Hablan de las mesas fantasmas. El locutor menciona al Santiagueño. Maite abre los ojos.

—La última versión conecta al gurú espiritual con la instalación de las mesas frente a las oficinas de la Provincia. ¿Protesta política o fanatismo religioso? Juan, estás afuera con uno de los policías que lleva el caso, ¿no?

—No tenemos recursos para comprar un destornillador eléctrico —la voz gastada de un policía—. Sacamos un tornillo por vez con un destornillador común. Los vecinos no nos colaboran. Desmantelar las mesas va a llevar todo el día.

—Debe ser algo del canal —la voz del padre—. ¡Sacá la mano de la pantalla, Fran!

—Nos vemos obligados a demorar el tránsito en esta esquina. Ustedes ya ven lo que se genera, pero no podemos trabajar más rá...

La voz del policía se corta en seco, en medio de la frase. El pitido agudo.

—¡Ahora está todo rojo! —la voz infantil suena a sorpresa y a juego.

—Sí, yo también veo, hijo.

—Sí, yo también escucho —murmura Maite, percibe cómo el pitido cobra mayor intensidad, se come las voces de los vecinos, elimina otros matices del paisaje sonoro.

—¿¹⁷Quién está rompiendo la telee?

—Jaaa.

—Probablemente alguien que no va a hablar ahora.

—Fijate quién está en línea pero no habla.

—Catorce.

—¿Catorce usuari@s¹⁸?

—¿Por qué no se callan y ayudan?

—¿A H14?

—Eu, yo no tengo nada que ver.

—¿Con qué estás, 14?

—Le estoy entrando a la CIA.

—El próximo *wikileaks*.

—Nah. Estoy jodiendo con las billeteras de *Online Begging*.

17 No hay rayas de diálogo o signos de interrogación abiertos en esta conversación. Se opta por presentarla estilizada en la página, ahorrando el esfuerzo de interpretación que requiere cualquier conversación digital.

18 Un modo de lenguaje inclusivo: '@' como reemplazo de marca de género.

—Ah, ¿era alguien de acá? ¡Dejá eso que yo laburo ahí! Lo estoy arreglando.

—Unx¹⁹ rompe, lx otrx arregla.

—Clásico.

—Están buenos los dibujitos de la tele.

—H12 es un poco artista.

—¿Para qué quieren saber quién fue?

—H3 es budista, no tiene deseos de saber.

—¿Podemos hablar de cosas serias?

—No.

—No.

—No me gustaría.

Las salas de chat *online*, en promedio, no existen. Es decir, nadie las incluiría en una descripción promedio del mundo: habría que estar mucho —muchísimo— tiempo hablando antes de referenciarlas. Reciben el nombre de “salas” —se asume— por ser abstracción virtual de esos espacios donde suceden las conversaciones. Son planas y se extienden por toda la pantalla del dispositivo. Se llenan de caracteres a medida que los usuarios envían mensajes. Se reconoce a quien envía por el nombre de usuario, que aparece antes de los dos puntos (:), dando a la sala cierto aspecto de guión teatral en construcción. Por lo general, quienes hablan en estas salas no se conocen entre sí.

—Todxs estamos con algo más que con Catastros, ¿eh?

19 Otro modo de lenguaje inclusivo.

—Hay más salas paralelas que usuarios en este chat.

—¿Por qué no blanquean en qué andan?

—Ah, boludx, déjense de joder y concéntrense en lo que quedamos.

—Eso ya está, H7. Catastros ya está.

—Siete está nervios²⁰, la la la.

—Un uvasal a H7²¹.

—Hay que esperar a Corea. Lo demás está.

—¿Qué hora es allá?

Cada sala de chat *online* está numerada y tiene una razón de ser, un tema central de conversación. Un protocolo no escrito de las salas es la derivación a salas restringidas. Se da cuando dos o más usuarios crean otra sala donde conversar a espaldas de los demás. Las causas de estas bifurcaciones son variadas. Aquí la sala central congrega a un conjunto de programadores con un plan consensuado; las salas derivadas se desprenden para tomar tangentes al plan original.

—Tiren un poco de código para el lado de la tele y fue.

—¿Para qué?

—Eso ya está roto, dejá que arreglen.

—¿Para qué metieron más bardo en el noticiero? Con lo de las mesas ya estaba.

—Las delicadas mesas fantasmas²².

²⁰ Un tercer modo de lenguaje inclusivo.

²¹ Este mensaje incluye un enlace a una vieja publicidad de la marca.

²² Y este mensaje incluye “contenido multimedia”, a saber, una imagen de baja calidad en movimiento (“gif”), que muestra un gato debajo de una sábana blanca con agujeros para los ojos. En fin.

—Las misteriosas.

—Una belleza de instalación.

—¿Quién filtró que podían ser del Santiagueño? Muy buena.

—Tarda la poli en sacarlas.

—Es un caos la calle. Me desviaron el colectivo.

—Te lo desviaste vos mismx, H20.

—No blanquees tu localización.

—Lo mío ya está por ahora. Inmersión.

“H20 se desconectó de la sala”.

—¿Inmersión?

Norman ve el celular de Andrés hundirse en la masa viscosa.

—¿Qué hacés, *man*?!

—Me dijiste que no ibas a usar más pegamento. No te quedan carteles.

—Andrés da una vuelta sobre sí mismo analizando el vallado público. Sonríe—. ¿Cuáles son tuyos? ¿Ésos? —señala la repetición de la cara sonriente sobre fondo de color fuerte de un político del momento. Por la ondulación de los carteles, puede verse que el pegamento todavía está fresco.

—¡Tiraste un celular que anda!

—Ya no anda —Andrés tose— más.

Norman se agacha. Andrés quiere decir “Dejá”, pero el ataque de tos es más fuerte que los anteriores. Norman sumerge la mano en el balde.

—Esto es un asco.

—Dejalo, ya fue —Andrés respira con fuerza, como si emergiera entre el oleaje de un mar que no le permite hacer pie.

—¿No lo vas a usar más?

Norman sostiene el celular con dedos pulgar e índice presionando sobre una punta del aparato. El líquido espeso se escurre, lento, a lo largo de frente y contrafrente. Andrés no responde.

—Capaz me sirve —dice Norman.

—No sirve para nada.

—¿Por qué lo tiraste?

Silencio.

—Digamos que es lo más conveniente.

—¿Para qué?

Andrés ajusta el cierre de la campera de buzo, innecesaria para el día de calor. Acomoda la mochila que ya estaba sobre los hombros.

—El colectivo no viene más con este caos. Voy a caminar. Ese semáforo está apagado, ¿no?

Norman mira hacia donde señala Andrés.

—¿Me vas a decir que no ves?

—Soy daltónico, viejo, ¿qué te pensás?

—¿Daltónico?

—Que no veo los colores.

—¡Ya sé lo que es!

—En realidad no es daltonismo. Veo reflejos amarillos... —duda ante la cara interesada del otro—: es por las pantallas, no importa.

—Entonces hacés bien en tirarlas al tacho —vuelve la vista al celular—. Lo llevo, ¿te jode? —Andrés no responde—. ¿Escuchaste al Canserbero?

—Sí. Jeremías²³.

Silencio.

—*Bro*, pensé que me ibas a decir que no.

—Es bueno.

—“No abrás los ojos para verme a mí. Ciérralos y mira qué hay dentro de ti”²⁴. No es de Jeremías, es de otro tema. Por los ojos te digo.

—Muy bue... —tose, sigue casi sin aire— muy bueno.

—Escuchalo, *man*. Te enseña más que el Santiagueño.

—Apa, ¿estás seguro de lo que dijiste?

Norman cambia la expresión, espera un gesto del otro. Andrés levanta las cejas en señal de juego. La tos lo voltea hacia un costado.

—Estás re-enfermo, *broder*. ¿Eso es por las pantallas también?

—Perdón —dice Andrés a media lengua, levanta una mano en señal de disculpa a dos personas que pasan cerca cargando un vidrio rectangular enorme, ahora salpicado.

—No tenemos paso —dice la persona que lleva el vidrio desde adelante, con evidente necesidad de decir algo a alguien—. Este vidrio tiene que llegar allá —hace un gesto con la cabeza, señala alguna parte que está al otro lado la calle embotellada— y no tenemos idea cómo cruzarlo.

Norman sonrío:

—Te lo rompo de un pedrazo y lo cruzás por partes.

Andrés se ríe. La persona que habló hace una mueca.

²³ Referencia: *Jeremías 17-5* (2012), de Canserbero.

²⁴ Referencia: *Los últimos* (2012), de Canserbero.

—Sería más fácil —dice.

La que lleva el vidrio desde atrás frunce el ceño.

Silencio.

Norman hace unos ademanes extraños, se mueve desgarbadamente para sostener el escobillón, el celular y levantar el balde. El ceño fruncido sigue en él mientras espera que quien guía indique cómo cruzar la calle.

—Necesito el colectivo, *man*, me esperan y no llego —dice Norman.

—Hagamos unas cuadras y tomás otro. Éste no va a llegar más.

Andrés da un paso en la dirección en la que venía el colectivo, levanta la vista y reencuentra las barreras, los policías, las mesas fantasmas. Frena en seco.

—Mmm...

Gira un cuarto de vuelta.

—Vamos para allá —señala en dirección transversal, y da un paso para cruzar la calle en zigzag, pasando entre los autos.

Laura alcanza a ver la respuesta de Andrés: “Confiamos en tu viejo. Hoy no me puedo ocupar”. Relee el mensaje que ella envió antes: “Elenita no está en el mapa”. Todo esto en un instante.

—Laura, te esperábamos.

La voz de mando confirma lo que ella ya sabe.

—Acá estoy —dice sin inflexiones. La frase se suspende en el aire mientras levanta la vista y reconoce a las personas reunidas.

—Desde Recursos Humanos recibimos una queja que quisimos atender cuanto antes —dice la misma voz—. Tomá asiento, por favor.

—Es por las nuevas restricciones de internet.

—Restricciones que no fueron estipuladas ni convenidas con la Dirección.

—Es por los derechos que tenemos todas, todos, todes, de expresar nuestra libertad religiosa.

Laura termina de acomodarse en el asiento y, como acto reflejo, baja la vista al celular, que sigue en la mano izquierda. “Hoy no me puedo ocupar”.

—Mi viejo vive cada vez más en los setenta, Andrés —dice entre dientes. La mano aumenta la presión, apenas, sobre el aparato. Levanta la cabeza—: Yo...

No tiene nada aún para decir. La sílaba le permite ganar un momento. Reescucha en su cabeza lo que oyó: la voz intercalada de la chica nueva de Recursos Humanos, el jefe de Departamento y luego la chica otra vez. El programador, sentado entre ellos, no dijo nada todavía. Laura sigue:

—Creí que íbamos a discutir los plazos de entrega del proyecto grande.

Cada palabra está fuera de lugar. Laura lo deduce justo después de emitirlas.

—Quiero decir...

—Esa reunión fue pospuesta —la voz de mando.

—La compañía asumió un compromiso impostergable con esta temática —la voz de Recursos Humanos.

—Sí, conozco el compromiso —Laura intenta tomar la palabra una vez más. No lo consigue.

—Si no puedo expresar mis convicciones religiosas acá, capaz que éste no es mi lugar.

“¿De qué religión está hablando?”, piensa Laura, hace un esfuerzo para identificar la fe de su ex-compañero de piso.

—Sé que tomé una decisión cuestionable, pero era urgente cerrar los accesos. —Retoma la formalidad—. Está habiendo ataques exteriores en este momento. A nuestro cliente en televisión, a la página de compras...

—No tenemos ninguna página de compras como cliente.

—Seguro. Pero al notarlo...

—Eso está afuera de nuestras incumbencias.

—Es parte de mi trabajo estar atenta...

—Es parte de *su* trabajo asegurar que cada persona en la oficina pueda expresarse libremente. Es parte de los valores de la empresa y del compromiso que usted firmó al asumir su rol.

—No sabía que eso iba a depender de un acceso a internet.

Otra respuesta desacertada.

—Hay una Asamblea hoy, se transmite por internet. Así no la puedo ver.

—No hay necesidad de que vuelva a explicarlo —interrumpe con amabilidad exigida la chica de Recursos Humanos—. Usted está en todo su derecho de expresarse religiosamente como desee. Como compañía vamos a proteger eso.

—Laura. —El jefe de departamento se pone de pie—. Esperamos que levantes las restricciones de internet en la próxima hora. ¿Laura?

Los dos brazos de Laura rodean su estómago. El nudo en la garganta no le ayuda a decir lo que debe decir porque, al contrario, el cuerpo se contrae y reduce para que verbalice otra cosa.

—Sí —dice, con un dejo de voz.

La mirada se pierde en cualquier parte, con evidente esfuerzo para que las cejas no se contraigan, para que la expresión de la cara se mantenga neutra²⁵.

—¿Estás bien, Laura?

²⁵ Referencia: *Año de Glad*, inicio de *La broma infinita* (1997), de David Foster Wallace.

—Podría tomarse el día, si ella lo prefiere. —La chica de Recursos Humanos habla como si Laura no estuviera ahí.

—Estoy bien.

El celular vibra, le notifica sobre los mensajes de texto que siguen llegando al teléfono, ese tipo de mensajes que ya nadie envía y que traen malos recuerdos²⁶.

Se levanta. Si le preguntaran, en este momento no podría señalar quiénes se reúnen en la sala. La puerta está a unos metros de distancia y el mundo se reduce a la posibilidad de alcanzarla.

²⁶ SMS. Short Message Service. “Damián falleció”, decía aquel viejo mensaje. Los servicios de mensajería evolucionan. Cada uno pertenece a una época.

La cámara del dron captura los colectivos que llegan uno tras otro y se estacionan desordenados en medio del campo. La toma aérea hace del suelo accidentado un plano ideal. La atención del muchacho está completamente abstraída por los dispositivos: el visor, el control remoto y el objeto controlado de forma remota. Hace pruebas para las filmaciones durante la Asamblea, pero también busca al Santiagueño. Lo hace como un juego personal, como un chico tratando de sacar ventaja al maestro, que es elusivo y pocos pueden determinar su paradero entre apariciones públicas.

El grupo de seguidores crece con cada arribo. Las personas se van ubicando dentro de la carpa enorme, apostada en medio del paraje rural, sostenida con sogas de diferente largo que llegan al piso o a troncos de árboles lindantes. Otros grupos se acomodan fuera de la carpa, en rondas improvisadas de intercambio de experiencias, de oración, de silencio.

Los organizadores del evento se ven, desde arriba, como puntos de movimiento errático, atravesando las masas de gente con el apuro que traen la resolución o las desavenencias logísticas.

—Nos quedamos cortos con el sonido.

—Cortísimos.

—La última viralización nos mató²⁷.

—Pero lo agradecemos, lo agradecemos. Más recibirán el mensaje.

—Si es que lo escuchan.

—¿En cuánto estamos?

El primero mira una planilla. Otra hace cálculos, anota operaciones matemáticas en una hoja blanca con marcas de pisadas, como si la hubiera levantado del suelo. La tercera mira las anotaciones y asiente, algo abstraída.

—El sonido va a llegar a... —dice, señala la hoja—. No, no, ese número está mal. Corregí este factor. Dame —le quita la hoja a la segunda—. Disculpá, esto me tiene alterada.

—Está bien.

—Pasame el lápiz. Acá está el tema, es la división. Con la última estimación, de los seiscientos, setecientos que quedan afuera de la carpa, más de la mitad no va a escuchar.

—¿Por qué no se quedan en sus casas y lo ven por *streaming*²⁸? —dice el primero, mira hacia otro lado, se muerde el labio inferior.

27 La imagen del Santiagueño, durante la última semana, se vio inesperadamente favorecida por el fallecimiento de un famoso presentador multi-plataforma, quien se intoxicó con la misma gaseosa sabor naranja que promocionaba con su imagen. El esfuerzo invertido por la compañía de gaseosas para invisibilizar el hecho encontró en el predicador la figura justa —era la única figura a mano— para realzar y, en la agenda diaria, tapar cualquier comentario que deviniera en perjuicios para la marca. A eso se suma el escándalo de las “mesas fantasmas”, asociadas erradamente al gurú.

28 Los seguidores del Santiagueño, como si quisieran corregir errores de otros en su lugar en milenios pasados, se han dedicado a registrar andares y decires de su maestro con todo detalle en una plataforma virtual que reúne discursos, testimonios, imágenes y video.

—Franco dice que podemos largar algo por radio de frecuencia corta.

—¿Por la radio?

—Les decimos a los últimos que llegan que se queden en los colectivos.

Les pasamos la frecuencia de la FM y pueden escuchar al Santiagueño desde ahí.

—No van a querer. Vienen a verlo, no a quedarse en los colectivos.

—Sí, obvio. Pero igual la carpa va a estar llena, no lo van a poder ver.

Los parlantes exteriores alcanzan para la mitad de los de afuera. La otra mitad se queda en los colectivos.

—El Santiagueño va a salir a ver a todos, todes al final. Ahí se bajan de los colectivos. Nosotras nos ofrecimos para explicarle a la gente.

—Hay que evitar que pase lo de *La vida de Brian*²⁹ —sonríe una. Sigue con fastidio cuando la referencia escapa a los otros dos—: La escena donde no escuchan el sermón de la montaña. En fin, el tema es que los colectivos no se pueden alejar de... más o menos esa hilera de árboles.

Una persona, a lo lejos, dice “¿A mí?”, creyéndose señalada por los tres que discuten sobre el alcance de la radio. “¿A mí?”, repite —no lo oyen— y se acerca, alegre de que la coordinación lo convoque para algo. Los tres siguen la conversación como si nada. El muchacho nota la confusión a mitad de camino y da media vuelta para volver a su grupo pero capta, sin proponérselo, algo de lo que hablan. En minutos, y con la deformación usual de los mensajes transmitidos de boca en boca, gran parte de la multitud está al tanto de que el Santiagueño no va a hablar para todos.

²⁹ Referencia: *La vida de Brian* (1979), de Monty Python.

—El Santiagueño es más sigiloso que nosotrxs.

La conversación en la sala de chat *online* continúa sin pausas, como sucedería en cualquier sala —virtual o no— que reuniese a treinta y nueve personas que entran y salen a gusto.

—Es capo, ¿no?

—*Intrackeable*. Mientras tuvimos la reunión, estuvo adelante nuestro.

Terminó la reunión y se esfumó.

—*Magic*.

—Lo quise seguir con la vista pero cruzó la puerta y... qué sé yo, desapareció, no sé.

—¿En qué quedaron?

—Bueno bueno, H15, ¿estás apuradx?

—Me mata la ansiedad.

—*Serenity now*.

—¿Qué les dijo?

—Está todo ordenado. Casi no habló. Miró el mapa, le mostramos de dónde viene el contingente y adónde están los terrenos.

—¿Nos banca?

—No opinó. Recibe a la gente, se mezclan entre los seguidorxs, y lxs va a acompañar/guiar hasta los terrenos.

—¿Lxs seguidorxs saben?

—Algunxs sabrán, otrxs no.

—Ok. ¿Cuándo tenemos contacto con las guías para confirmarles?

—En quince minutos.

—Trece minutos exactamente.

—13. *Like*.

—Ahí apareció lx numerólogx.

—Los números dicen todo.

—Qué manera de desviar el tema.

—Qué manera de aferrarte a un tema, 15.

—Tomate un tranquil, 15.

—Están con los remedios viejos hoy.

—Hay que asegurarse de que el grupo que camina llegue a la Asamblea.

—No hay drama, el Santiagueño espera.

—Sí, pero si llegan a tiempo mejor.

—Van a llegar.

—¿Tienen el número actualizado de gente caminando?

—Teníamos el dato.

—El dato ya rebalsó.

—Ya veo que llega el doble de gente a los terrenos.

—Que se arreglen.

—Activaremos fase 2.

—¿Qué fase 2? Eso no hablamos.

—Fase 2: prender fuego todo.

—H6 está gracioso.

—¿Fase 2 qué sería? ¿Cambiar más títulos de propiedad?

—Quedamos en no adelantarnos.

—Sí, pero si te fijás hay una sala paralela por cada futuro posible.

—No digo más nada.

—Ya hablaremos.

—Fue, gente: es hoy y el resto qué importa.

—Es hoy. Después desactivamos sala, *y yo de esto no me acuerdo*.

—Ok.

—Lindo.

—Hoy es hoy es hoy es hoy es hoy es hoy.

—Bueno, en fin.

—¿Corea está?

Por unos segundos, la sala permanece estática, excepto por el cursor — un rectángulo del alto de un renglón, el ancho de una letra— titilando en la base de la pantalla.

La puerta del comedor lindante a la estación de servicio, al borde de la ruta, es víctima de ese mecanismo chirriante que empuja las bisagras y cierra la puerta demasiado pronto, empuja hacia adentro a la persona que entra o sale del lugar. El abuelo de Elenita da paso a la nieta. No mira a la niña, mira sobre su hombro, está convencido de que alguien salió hace un momento, pero no hay nadie a la vista.

El mundo exterior se apaga al entrar. Elenita cambia la cara, recibe el cobijo de una construcción detenida en el tiempo.

—Paruro —dice musicalmente, las consonantes apenas pronunciadas.

—Vamos a comer —dice el abuelo, aunque no es hora clara de ninguna de las comidas del día.

La intensidad del viento genera un traqueteo en las ventanas. El televisor, de tecnología antigua, está silenciado. La pantalla muestra imágenes extrañas sobre un fondo rojo, parpadeante. Esto, de alguna manera, no altera la atmósfera del lugar.

El abuelo, sin razón aparente, elige la mesa más cercana al único par de clientes en el comedor. Son dos que, también sin razón aparente, están sentados al mismo lado de una mesa rectangular con cuatro sillas, dos por lado. La chica dobla un gran pliego de papel. El chico se pone de pie torpemente, mantiene la vista en el celular. Camina bordeando la mesa hasta sentarse frente a su compañera.

—Apago el celu —dice, y mira al hombre que alza a la niña, tomándola de las axilas. Llama la atención el parpadear acelerado en la cara del hombre.

Elenita sonrío. El abuelo encuentra, en medio del movimiento, que la silla-objetivo está demasiado cerca de la mesa. Los pies de Elenita se abren paso entre respaldar y borde de la mesa, la silla se mece hacia atrás. La pequeña campera rosa se engancha en el respaldar. El abuelo vuelve a subir a la nieta, acerca un pie a una pata de la silla, arrastra hacia atrás.

—Lo ayudo.

El muchacho se acerca sin esperar respuesta, separa la silla de la mesa antes de que el abuelo responda:

—Yo sé hacer esto.

El muchacho se frena en seco.

—Ya hice esto.

—En seguida los atiendo —se oye un vozarrón que no está a la vista.

El muchacho vuelve a sentarse sin responder. Va a decir algo, pero su compañera toma la palabra como si la conversación entre ellos no se hubiera interrumpido.

—Me cuesta imaginar que esta conversación no se dé —dice en un tono que es mezcla de susurro y media voz—, tiene que haber algún policía que se cuestione lo que está haciendo. Algún policía tiene que decir: “¿Por qué desmantelamos las mesas?, ¿por qué no dejamos esto acá?”. ¿Nadie de la policía se lo cuestiona? No me la creo. Me imagino eso: un policía que se amotina con otros y dice “Las mesas fantasmas se quedan”. ¿Por qué no les caímos nosotros, ayer, antes de ayer, y les panfleteamos la comisaría o nos reunimos con ellos para articular reclamos o lo que fuere? Capaz que se querían sumar a la movida. Y nosotros les atornillamos las mesas enfrente de Catastros y les arruinamos el día, o un par de días. Eso me hace dudar de estas movidas. ¿Vos viste el quilombo que hicieron para desatornillar una?

—No, no miré el *feed* de las cámaras.

—Ahí te muestro.

—¿No apagaste el celu?

—Sí. Pero tengo otro.

—Ojalá tuviera celulares de sobra...

—Si laburás reparando como yo, tendrías dos y tendrías más también.

—Bah, no me digás de qué laburás.

—Dale, triangulá con esa información a ver si me ubicás.

—Fue. Mostrame.

El dedo de ella desliza sobre la pantalla, empuja hacia abajo las líneas de la conversación de la sala de chat *online*.

—Acá está el *link*.

Da un golpecito sobre un conjunto de caracteres subrayados. El video se despliega sobre la sala de chat. La filmación es de una cámara fija, estática, en blanco y negro. La calidad de imagen permite reconocer cada figura en escena: las mesas, los policías haciendo su trabajo, personas con sus teléfonos celulares en posición vertical, tomando fotos o filmando también.

—Acá —señala a un policía acostado bajo una mesa—. Mirá cómo labura.

Se pierde detalle de la maniobra, pero se deduce el esfuerzo del policía girando el destornillador una y otra vez, echado sobre el suelo.

—Hay que laburar con ellos, no es justo. —La chica presiona la pantalla, el video se detiene—. Hay que articular. El tipo está haciendo un laburo infernal para desmantelar algo con lo que probablemente está de acuerdo. ¿Qué va estar: más de acuerdo con Catastros o con lo que estamos haciendo nosotros? El tipo debe tener menos posibilidad de acceder a un terreno que vos o yo.

—Hay que prender fuego todo —dice el chico.

—Bueno, bueno.

—Pero es así. Todo bien con el *tiki tiki* —hace un gesto moviendo los dedos sobre un teclado imaginario—, entrarle a los sistemas. Pero fue, hay que volar todo al carajo.

Silencio.

—No sé. Ésa no compro.

—Hay que volar todo —dice el muchacho, mueve la cabeza a un costado, hacia la ventana del lugar y, sin buscarlo, hacia la mesa vecina,

donde se encuentra con los ojos del abuelo de Elenita. El abuelo, en silencio, lo mira y asiente.

—Ahí tenés: juntate con el señor para hacer explotar todo —la chica se pone de pie, guarda el celular en un bolsillo—. Después me contás si se pusieron de acuerdo por qué. Yo me voy. Me llevo el mapa y lo quemo por ahí. Nos vemos.

3

En el sueño, Verónica se vio sentada en el colectivo camino a la Asamblea. La imagen vuelve nítida ahora. Recuerda la calma de sentir que pronto vería al Santiagueño. No pudo interpretar las bolsas negras, las cajas que la rodeaban.

—Vamos —le dice a Ernesto.

—¿Adónde vamos?

—A preguntarle al Santiagueño. Él te hace entender.

—¿Estás loca? Verónica, yo no me muevo de acá.

—Yo me voy.

—¿Me vas a dejar solo contra estos dos?

—Mienten, Ernesto.

—Pero igual están acá.

—Venite conmigo.

—Y pierdo el puesto.

—El Santiagueño te va a dar algo mejor.

Verónica recoge el balde del suelo, lo da vuelta, lo toma del borde.

—Chana...

Verónica levanta los hombros.

—...yo no creo.

—Porque no querés. No entiendo por qué no querés.

La articulación del brazo derecho recibe la manija del balde. Verónica se mueve con seguridad. Ernesto estaba al lado de ella en el sueño. Cargando una jaula vacía, del tamaño del torso del cuerpo, pero eso ella no entendía. Más bien se concentraba en lo que veía por la ventanilla, el auto viejo al costado del colectivo que no se adelantaba ni quedaba atrás, el abuelo manejando con la cabeza sobre el volante bajo, la nenita llorando en el asiento del acompañante.

—No entiendo qué no entendés, Chana.

—Tu falta de fe.

—Me paso todo el día en la calle...

—Yo también.

—¿Qué tiempo me queda para creer?

—Vamos para el barrio, Ernesto. Es lo mejor para los dos.

—No entiendo, Chana.

—Desde ahí sale el colectivo. Seguro ya me llegó mensaje. —Mira el celular—. No agarra más internet. Pero junté algo de plata, yo pago el viaje.

Ernesto la mira pasar los pies sobre la marca del balde en el suelo, como peinando el pasto para ocultar las huellas.

—¿Y tu mamá?

—Se queda de mi hermana, ya hablé.

—¿Para siempre?

—¿Qué siempre? El colectivo vuelve a la noche.

—No vuelve, Chana. —Las manos de Ernesto van y vienen haciendo juegos con el trapo anaranjado—. Esa lista es otra cosa.

—Es mentira, Ernesto.

—¿Te vas a arriesgar a irte?

—Es mentira. No me creés a mí, no le creés al Santiagueño, pero les creés a esos cararrotas de allá.

—¿Qué vas a hacer si el colectivo no vuelve, Verónica?

El tono de Ernesto es otro. No muestra violencia, sino distancia. Verónica le clava la mirada en los ojos.

—Es mentira.

La paloma cae al suelo. Ernesto cambia la expresión de la cara, el corazón se le acelera. Verónica mira intuitivamente a los Carlos, pero la piedra vino de otra parte.

—Qué pavada... —dice.

El pájaro es gris, gris y gris. Diferentes matices. La chica con la gomera corre hasta el lugar, se agacha, lo toma con la mano libre. Ernesto la ve irse a un lado, Verónica camina hacia el otro.

—Es una nena. Nada más.

El abuelo habla. El muchacho no tiene modo de cerrar las orejas. Al menos no de inmediato.

—En su casa no está bien, yo puedo hacer esto, ya lo he hecho.

Habla mirando un punto en dirección a Elenita, pero mucho más lejos, aun si no hay más lejos que la pared de enfrente, pasando la barra de atención del lugar, vacía desde que la encargada trajo los platos.

—Sé cómo hacerlo.

Luego baja la vista, los fideos suben, el tenedor se acerca a la boca. Elenita selecciona y reordena papas fritas en formaciones nuevas sobre su plato. El muchacho desenreda, con cierta ansiedad, los cables de los auriculares pequeños que sacó del bolsillo. Los apoya sobre la mesa donde descansan tres tazas chicas, usadas, y algunas migas. En el lugar resuenan, lejanos, los pequeños choques entre utensilios, una canilla, agua, una bacha, tal vez una radio. El muchacho vuelve al bolsillo, saca el celular

apagado. Niega con la cabeza. Va a otro bolsillo, dice “Acá”, por lo bajo: el pequeño reproductor de música ocupa parte de la palma de su mano.

—*Intrackeable* —dice para sí mismo.

Elenita lo mira y vuelve a la comida. El muchacho lleva los auriculares a las orejas, pero se detiene a mitad de la acción.

—Casi como el Santiagueño —levanta la voz, mira hacia la otra mesa. El abuelo no muestra reacción—. ¿El Santiagueño? —repite—. Ustedes por casualidad no van para la Asamblea, ¿no? Señor. Señor... —insiste—. ¿Vio los colectivos en la ruta? Ésos van para allá. ¿Ustedes no van para allá? Si fueran para allá...

—¿Para qué quieren trabajar con la policía?

El muchacho abre los ojos.

—Yo no... mi amiga...

—Yo trabajé con la policía. Hace mucho. Después se terminó. No los vi más, nadie me dijo más nada.

—Era una cosa hipotética que dijo ella. No es que...

—Pero podría contactarlos.

El giro lento de la cabeza. El par de ojos se encuentran otra vez. Los párpados del abuelo se mueven demasiado rápido.

—Yo no quiero saber nada con la policía —dice el muchacho.

El abuelo sonrío.

—Eso —dice.

—¿Qué?

El silencio se extiende más de lo razonable.

—¿Y para qué querés ir para allá?

—¿A la Asamblea? —La mirada del chico muestra confusión.

—Adonde van los colectivos.

—A la Asamblea. La Misa del Santiagueño. Quiero ver qué onda. Yo no creo en nada —el muchacho nota que está hablando prácticamente solo y apaga la voz— pero es alto fenómeno social.

El abuelo mira otra vez en dirección a Elenita.

—Esos colectivos llevan gente y vuelven vacíos.

—Pero... —el muchacho entrecierra los ojos—, ¿qué? ¿De qué habla?

—Llevan gente que no vuelve. Así fue siempre. Yo los vi.

El chico termina el movimiento: un auricular está en la oreja.

—¿Adónde iba esa gente? —pregunta.

Silencio.

—¿Adónde...

Paf. La mirada del muchacho va directo hacia la barra. Un mueble alacena, antes empotrado a la pared, cayó al piso con estruendo seco. La puerta, que contiene platos y vasos dentro, se mantiene cerrada.

—¿Qué onda?

—¿Vamos, Elenita? —El tono del abuelo cambia ligeramente. Los párpados se mueven con normalidad—. ¿Terminaste tus papás³⁰? ¿Vamos de tu amiguita Kimi?

—Ninini. —Elenita agita las piernas y dice Kimi. Le gusta ir de Kimi, le gusta la casa de Kimi, y más que nada en el mundo le gusta la chica de pelo

30 La acentuación es confusa en esta frase.

negro, ondulado, que abraza a Kimi con los ojos cerrados³¹. La camperita rosa hace frufurú contra el mantel. Los dedos están en la boca, restos de papa en las manos.

El abuelo se pone de pie. El muchacho tiene la vista en la puerta interna del lugar, detrás de la barra; nadie viene a revisar el mueble. No ve el gesto de saludo del abuelo, moviendo apenas la cabeza. El segundo auricular calza en la oreja derecha.

—Vamos —dice el abuelo, mientras separa la silla de la mesa para dar espacio a Elenita, que salta hacia el suelo.

—¿Mami? —la voz finita. Da la mano a su abuelo.

—De Kimi —dice el abuelo—. De Kimi.

Y caminan.

El muchacho se levanta en seguida, da dos pasos largos y los alcanza.

—Vamos para el mismo lado —dice, la voz demasiado alta por la música en los oídos.

El abuelo lo mira y sale del lugar.

31 La chica llega de afuera de la casa. Lleva siempre una planilla. Mira a Elenita como quien presiente algo pero no se acerca, sólo observa.

El contingente caminaba hasta hace unos minutos. Ahora hace una pausa, enredado entre árboles, piedras, arbustos.

—*Con-tacto* están haciendo —dice un hombre, sentándose bajo un árbol. Separa la palabra en dos para dar algún tipo de énfasis.

La chica, debajo del mismo árbol, lo mira. Asiente, apenas, aunque no sabe de qué le habla.

—Les pasan las coordenadas o algo, no sé.

El aire se le escapa mientras hace fuerza con los brazos para acomodarse en una posición cercana, pero no tan cercana, a la chica.

—¿Cuánto hace que caminás? —sigue.

La chica se levanta y se pierde entre la gente.

—Yo hace dos días —levanta la voz—. *Con-ferencia* —dice, bajándola.

Abre un paquete de galletitas. El crujido metálico se mezcla con la miríada de ruidos que emana el grupo esparcido por el campo, esperando para retomar la caminata.

—Amigoo —dice un muchacho que se acerca, extendiendo la ‘o’ mientras se agacha frente a él—. Me compartís, ¿eh?

No se conocen. El primero extiende el brazo con el paquete, el segundo introduce la mano³².

—¿Dos días que caminás? —habla con la boca llena—. Yo recién caigo, pá. No entiendo nada.

—¿No te explicaron?

—No sé nada, viejito. Wuuu... —extiende un tono agudo mientras levanta los dos brazos y la cabeza va hacia atrás. El gesto no es claro—. ¿Vos también tenés un terrenito ahí esperándote? ¿Qué onda esos terrenos?

El primero acerca la cara al segundo. Los ojos van de un lado al otro. Habla con sigilo:

—No. Yo vengo por otra cosa.

El segundo, en espejo, mira a un lado y a otro. Acerca la oreja al primero, se saca la gorra.

—¿Qué cosa, *man*?

—Vine para ver al Santiagueño.

—Ju juu —otra vez el sonido agudo—. ¿Dos días caminando para ver al Santiagueño? ¿Y cómo sabés que vamos a ver al Santiagueño?

—Estamos yendo para allá.

—¿Adónde?

—A la Cuarta Asamblea.

³² Referencia: *Memoria del polvo* (2020).

—¿De qué?

—Del Santiagueño.

—Vos... —dice, en tono agudo—. Pará, dame otra masita, dale.

—Una más.

—Dale —extiende el sonido de la 'l'. Se toma un segundo para elegir entre las que ve en el paquete.

—¿Vos vas por el terreno?

—Yo qué sé, amigo. Me desperté hoy con la mina y la seguí. “Seguí, seguí al tatuaje”, me dijo el brujo el otro día³³. Hoy la mina me dice “Me voy de viaje”. “Bueno, vamos”, le digo. Pero no hablé nada de un terreno. Qué sé yo, *man*, yo me prendo.

La voz que dice “Ése, ése” se oye muy lejana. Los pasos se acercan rápidos, resaltan entre las personas que apenas se mueven. El muchacho no alcanza a reaccionar, el paquete de galletitas vuela —esto por error, nadie quiere meterse con el hombre sentado contra el árbol—, y la segunda piña va directo al cuello. Son dos los que caen sobre él.

—Tranquilos, gente —dice el hombre contra el árbol, levanta la vista para verificar que hay más ojos atendiendo la escena.

—¡Dejá de seguir a la Troska! —grita uno de los que pega.

—¡Pará, *man*! —el grito agudo, atragantado por la última galletita, desde debajo de los golpes—. ¡¿Quién... —se le va el aire—, quién es la Troska?!

—¡Eu! —más gente llega corriendo. Los pies resbalan al frenar.

³³ Referencia: *Matrix* (1999), de las hermanas Wachowski.

—¡Eu, cortenlá! —Es una de las guías, las que llevan y traen información, las que controlan las listas y dicen “Vamos por este camino u otro”.

Ocho brazos forcejean para separar la pelea.

—¡Se hace el boludo, se hace el boludo!

—¿Quéíí?! —La gorra está en el suelo, las manos tratan de cubrir la cabeza, el cuello. La remera se desgaja.

El círculo de gente crece alrededor de la polvareda.

—¡No queremos quilombos, quedamos en eso! —grita la guía.

Entre cuatro retienen a los atacantes.

—Te saco la cabeza a trompadas —dice uno, forcejea de tal manera para salirse de la llave que lo sostiene, que el cuerpo se tensa y destensa como si estuviera convulsionando.

—Está acosando a una piba —dice el otro a la guía entre respiraciones pesadas.

—Que la piba venga con nosotras adelante, pero esto no —responde la guía.

—Y además tiene un celular andando —termina la acusación.

El murmullo se activa entre la gente al oír la palabra “celular”. El muchacho se incorpora, lento, tambaleante. La guía detiene la mirada en él, lo mira sacudirse la ropa, verificar las raspaduras en los brazos.

—¿Tenés encendido el celular? —dice.

—¿Eh? —El muchacho evade la mirada, se acomoda la gorra, sacude la parte de atrás de los pantalones con las dos manos.

La guía da dos pasos adelante:

—Por favor decime si tenés encima un celular prendido.

El momento de silencio.

—No tiene datos, madre. No estoy hablando con nadie —responde el muchacho.

—¿Hace cuánto estás acá en el grupo? —la voz es tajante.

—Esta mañana.

—Eso son... seis... horas... o más que te pueden haber ubicado. Que nos pueden haber ubicado.

—No tengo datos, doña.

—¡Te pueden ubicar igual! Es un radar³⁴ el celular. Y si no te ubican, después pueden ver todos los pasos que hiciste.

—¿Quíí? —dice el muchacho en voz baja, llevando la vista al suelo—.

¿Qué dice esta mina?

—¡Es verdad, pelotudo! —grita alguien del círculo—. ¡Estamos todos sin celular!

—¿Para quéé? —la voz se agudiza y reduce en volumen.

—Para llegar sin que nos vean. Hay un solo celular, lo prendemos para hacer contacto y después se apaga —sentencia la guía. Se acerca al muchacho, serena el tono—: Por favor, apágalo. Nada más. —Y sale del círculo.

—¿Se lo sacamos? —alcanza a decir alguien.

34 Se refiere, de forma algo imprecisa, al sistema de navegación del celular, generalmente llamado GPS.

No hay respuesta explícita. Más de uno dice “No” a media voz mientras dan media vuelta, desarman la formación.

—Estamos todos tranquilos, genio —la voz se aleja del lugar, se sumerge en el ruido general del contingente.

El muchacho atacado mira para todos lados con sigilo, mide su lugar en la escena, sus posibilidades. Los atacantes están sueltos pero no se acercan. No entiende del todo. Busca el celular en el bolsillo. Lo apaga.

El polvo levantado se despeja con una brisa que pasa de repente. El paquete de galletitas pelea contra el viento leve. El hombre bajo el árbol lo mira, los brazos apoyados sobre las rodillas, las piernas en cuclillas; no llegó a incorporarse para intervenir en la pelea. El corazón —ahora lo nota — late fuerte. Parpadea conscientemente. No percibe la mano que acerca el paquete, el muchacho que lo devuelve, lo deja en sus manos, y desaparece en la multitud que se prepara para volver a caminar.

El hombre ofrece, sin éxito, bolsas de residuos. Las bolsas son de *nylon* negro y están dentro de paquetes de *nylon* transparente que se agrupan dentro de una gran bolsa de *nylon* celeste. El muchacho arrastra la gran bolsa —un concierto de *nylon* sobre *nylon*— con una mano, con la otra lleva un paquete a la vista para mostrar el producto.

—Las bolsas no salen acá, compa. Te escupen en la cara.

Norman habla desde la vereda de enfrente. El vendedor de bolsas lo mira con ojos que no permiten saber si oyó o si entendió algo de lo dicho.

—El tema es que acá en el centro hay plata —sigue Norman, dirigiéndose a Andrés—. Algo se vende. Te tragás la bronca pero algo sacás.

Un potencial cliente se detiene frente al vendedor, dice unas palabras. El muchacho tira el paquete de muestra dentro de la gran bolsa y acerca el conjunto —bolsas dentro de bolsas dentro de bolsa— al cliente. “No no”, recibe el movimiento de cabeza del otro. El muchacho duda, alza los

hombros. Insiste con la oferta: todas las bolsas. El cliente se aleja, la negociación parece terminar.

—Aguantá, aguantá —dice el vendedor, que comienza a sacar un paquete por vez de la bolsa celeste, los tira al suelo. Luego le alcanza la gran bolsa vacía al cliente.

Norman y Andrés ven la escena intersticialmente, entre los autos que pasan por la calle. Las voces del intercambio se pierden bajo el ruido del taladro mecánico que, mientras caminan, se acerca como un tsunami. Al dejar atrás un camión que bloqueaba la vista, ven al muchacho solo, en el lugar de la transacción, mirando los paquetes de bolsas desparramados a su alrededor.

—Qué quilombo esta ciudad —dice Norman.

—¿Te querés ir?

—¿Eh?

—Que si te gustaría irte de la ciudad.

Norman hace una pausa ante el tono inesperado de propuesta.

—No me puedo ir, *bro*, tengo una nena. No la veo más si me voy, la madre no se va a ir conmigo. —Hace una pausa—: ¿Vos tenés hijos?

—No... —lleva una mano a la boca, la otra busca acelerada entre los bolsillos hasta dar con un pañuelo de papel abollado. Contiene la respiración por un momento—: Sí, sí —dice, y el ataque de tos lo dobla.

—¿Qué onda? —dice. Andrés mueve una mano desmereciendo el tema.

Una señora, caminando en dirección contraria, transporta una radio. Parece acunarla, por la manera en que la lleva entre las manos y el pecho.

Percibe la mirada de Norman —a Andrés, pero ella está en la misma dirección— y baja la vista como si quisiera corroborar que la radio pequeña sigue ahí.

—¡No soy el Tizi, señora! —Norman alza la voz. Luego le dice a Andrés —: Me confunden, es mi hermano gemelo.

Andrés se recupera.

—¿Ah, es por eso? —dice a media voz.

La carcajada de Norman ocupa toda la cuadra. La señora, a espaldas de los dos, da un pequeñísimo salto.

—El Tizi roba de lo lindo por acá. Es bueno igual, ¿eh?³⁵ ¿Qué onda tu hijo, hija, no sé? ¿Tenés o no tenés? Qué raro, loco. Jodeme —dice de repente y se frena en seco—. Lo llamé con el pensamiento, allá está — señala a lo lejos con el escobillón—: Allá está. ¡Tizi! —grita—. ¡Tizi! —Y empieza a correr, vuelve la cabeza un momento hacia atrás—: ¡Nos vemos, flaco, un gusto! —Bambolea la cabeza una vez más—: ¡Y gracias por el celular!

Andrés levanta la mano, y con el mismo movimiento lleva la mochila de la espalda al pecho. Tose mientras busca la llave magnética. (Es ovalada,

³⁵ Podría reconocerse a Tiziano Ferro por los pasos cortos y rápidos. Podría reconocérselo por la cabeza bajo la capucha (sin gorra). Por los auriculares, por las manos en los bolsillos del buzo, los jeans azules, rectos, sin ajuste en la botamanga. La cara siempre limpia. La vista cansada. Los ojos fruncidos, las arrugas prematuras bajo los ojos, el aro sobre la ceja izquierda. Podría reconocérselo por sus pocas palabras, por su encanto desmedido por las sagas de fantasía, su memoria y capacidad al comparar universos literarios. Por ser la mitad del único par de mellizos idénticos del barrio. Sin embargo, Tiziano Ferro —la madre eligió el nombre— pasa desapercibido caminando por la ciudad durante todo el día, siguiendo una trayectoria intuitiva que lo lleva de robo en robo, hablando con voz segura, sin oír respuestas por el volumen demasiado alto de la música, sin armas, sin violencia, sin dejar pasar oportunidad. “Doblé la esquina y estaba ahí, no sé de dónde salió, estaba atrás de una columna o algo”. “Me robó el flaco más amable del mundo”. “El tipo como que se deslizaba, se me acercó, me miró y no dijo nada. Le di todo lo que tenía”. “La primera vez que me roban y no tiemblo del terror”. “Me abrazó. Te juro que me abrazó”. Si hubiera una página de reseñas para ladrones, Tiziano estaría bien catalogado entre los perfiles del sitio.

azul, trasluce un pequeño circuito dentro que espera la cerradura adecuada. La hace saltar sobre la mano y, al caer, cae también una gota de agua sobre la palma, justo al lado. “Va a llover”, piensa Andrés, recuerda a Maite, mira hacia arriba y verifica lo que ya sabía: no hay nubes a la vista.)

Maite pedalea tranquila, nota disonante en el tránsito desmadrado. “¿Soy o no soy parte del tránsito?”, piensa, tuerce el manubrio ante la maniobra violenta de un auto. El sonido de la bocina se aleja a mayor velocidad de lo que ella avanza. “¿De qué sirve conocerme a mí misma si cada día soy otra?”, escribió en un cuaderno antes de salir de casa. Escribió lo mismo, debajo, en guaraní³⁶; lo practica desde que le comunicaron los resultados del test de ascendencia étnica. Insiste a su madre que indague en la familia al respecto, pero no hay caso.

—*El agua derramada está, la sed que siento no saciará...*³⁷ —canta con voz suave.

Pedalea en dirección a la casa del padre. Pasa la mirada por cada persona a un lado y otro de la calle. El bufandón que apiló sobre la campera funciona como guarida. Intenta inhalaciones profundas, pausadas, pero aun si va a ritmo lento, se agita. La nariz le recuerda el resfrío, la gripe, y que no

36 ¿*Ma'erapiko aikuaase che mávapa, ko ára ha ára che ambuerõ?*

37 Referencia: *Volver a comenzar* (2007), de Café Tacvba

puede andar así como así por la calle. Que si bien el celular se rompió, los aparatos pueden esperar; el cuerpo no.

—No quiero estar adentro —dice—. Perdón: deseo estar afuera³⁸ —se corrige—. Ése es mi deseo. —“Y quiero encontrar a Andrés”, piensa, no se anima a verbalizar.

Semáforo en rojo. El abrigo es exagerado, el calor se condensa y la transpiración hace su juego de desequilibrios de temperatura. Más bocinazos y gritos. Un cadete de repartos —se reconoce por el cubo de madera a su espalda— discute desde arriba de la moto con un chofer de taxi. Ante el cambio de semáforo, los dos aceleran a la misma velocidad, se mantienen alineados, la cabeza sin casco metiéndose en la ventanilla del auto. Los vehículos se funden. La humareda de los caños de escape se hace una sola cosa y envuelve a Maite, que entrecierra los ojos y, como acto reflejo, dobla en la esquina. Lo hace a destiempo. La curva de giro es demasiado abierta y desemboca en un golpe al contenedor de basura ubicado junto al cordón.

—Estoy trabajando.

La voz emerge del tacho. Maite no puede contenerse y estornuda sobre la bufanda.

—¿Qué? —dice, la voz afectada por la congestión. Los pies alcanzan el piso.

Comienza a desenrollar la bufanda. El cuadro aparece más claro con cada vuelta. Ve el ladrillo sobre el pedal de apertura del tacho inteligente,

38 “Las cosas suceden afuera”: mito o pintada callejera que empuja este deseo. La propuesta de formulación correcta —afirmar en positivo— deviene de otro conjunto de mitos.

una piedra bloqueando el sensor infrarrojo, una mano —emerge desde dentro— sobre los electroimanes, para que la tapa no cierre.

—¿Puedo ayudar? —dice.

La respuesta tarda en llegar.

—¿Pone la mano acá? El chico no llega. —La voz retumba en la chapa.

Maite ve al chico que la observa tomado del poste de luz en la vereda.

—Sí —dice, sin dejar de mirar al chico. Lleva la mano al electroimán—.

¿Cuántos años tiene?

—Dos.

La multitud de gente camina, trota, avanza en patines o monopatines eléctricos, a un lado y otro de la calle. Dos pares de ojos la observan de repente, la estudian, como parte de una conversación que parece extenderse desde hace cuadras.

—Es lo que te digo: son del gobierno —el susurro apenas se oye—. Te estudian la basura. Los disfrazan para que parezcan gente de la calle, esta mina no, pero...

Maite los sigue con la mirada. Apoya la bicicleta en el suelo sin mover la mano ocupada en la tarea.

—Hay cosas lindas —oye desde el tacho—. La gente tira cosas lindas. A éste llegué primero, se nota. Estoy buscando un regalo para el pibe. Cumple años.

El chico está agachado, siempre tomado de la columna. La mano libre dibuja, golpea, arrastra una piedra sobre las baldosas. Mueve la boca mientras juega.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué le puedo decir? Es lo que hacemos —el hombre no parece haber oído la pregunta—. Somos laburantes de esto. La madre está en la casa, yo vuelvo a la noche. Siempre algo comemos, de lo que traigo y lo que ella consigue, un bolsón, algo.

Maite pierde el hilo de la conversación. Andrés pasa caminando a metros de ella, ensimismado, a paso rápido. Maite intenta algo, una mezcla de estirar el brazo, dar un paso, decir, abrir más los ojos. La mano en el tacho la retiene.

La cabeza emerge del tacho. Maite da media vuelta, se encuentra con los ojos frente a su cara.

—Ahá —responde a lo que no oyó.

—Se tiene que ir —dice el hombre, toca con sus dedos rugosos los de Maite—. Vaya. La libero.

—Me puedo quedar...

—Vaya —asiente, la mano toma de nuevo su lugar sobre los imanes—. Siga con su trabajo.

—No tengo nada que hacer.

—Seguro que sí. O váyase a dormir, que tiene cara de cansada. Ya le perdoné el golpe —mira la bicicleta—, ya es libre.

Maite mira al chico.

—Va a estar bien —el tono del hombre es tranquilo.

—¿Cómo se llama?

El hombre sonrío y vuelve a desaparecer en el tacho. Alguien, desde más lejos, arroja una bolsa de basura. Erra y cae al piso. Maite se agacha a buscarla.

—Déjela ahí, yo ahora la miro.

Maite vuelve a erguirse, el movimiento la marea. La vista busca el trayecto que siguió Andrés, lo ve a la distancia: se detiene frente a la puerta de un edificio, uno de los rascacielos de la ciudad. Lo ve acercar la mano a la cerradura, sabe que él no vive ahí. Toma la bici, sube a la vereda. No tiene sentido pedalear entre la gente que va y viene. “Soy todas las películas”, piensa, mientras Andrés se pierde de vista, entra al edificio, ella apenas si podrá verlo subir al ascensor, buscar alguna pista entre la multitud de timbres, esperarlo o dejar todo como está, escapar, quién sabe qué más.

—Es todo un gran libro de Job.

—Vos sos Job, yo soy Job, elle es Job.

—No no, *somos* Job, todo es una gran prueba.

—¿Para qué?

—Eso de Job es muy totalizador.

—Sacate el barbijo, *man*.

—¿Y eso qué significa?

—Barbijob.

—¿Leyeron “El ateísmo es la mayor estafa”³⁹?

—Pasalo.

—En la página del Santiagueño.

—¿No están cansadxs de leer? Todo es leer.

—Cortenlá con el “todo”. Nada es todo.

—Eso es una tira de Mafalda.

39 “El ateísmo es la mayor estafa que le han hecho creer a la humanidad”. El artículo está en la página que concentra la información del Santiagueño, organizada por sus seguidores, pero no fue escrito por el Santiagueño ni es claro que haya sido parte de sus discursos públicos.

—Es que el tipo plantea que no hay mensaje totalizador, justamente.

—Él no escribió ese artículo.

—No está claro.

—Claro no va a estar nunca.

—No está claro quién lo escribió.

—Lo que dice no va a estar claro nunca: ése es el truco. Por eso extraés siempre algo distinto.

—Es lo que lo hace especial.

—O demasiado general.

—¿No lo ven como uno más? La cosa está plagada de discursos.

—¿Qué cosa?

—El mundo. Está plagado de discursos.

—Es la gente que busca esperanza y pide discursos. Discursos por esperanzas.

—¿Qué tira de Mafalda?

—Hay mucha gente desconectada.

—La esperanza es cosa de pocxs.

—El tipo habla para adentro de la Iglesia. Fuera de eso es lo mismo de siempre.

—La esperanza es cosa de excludxs.

—¿Cuál iglesia?

—Es lo que quedamos: desconectarnos de a poco.

—Tengo sed.

—¿Cuánto falta?

—Hay que esperar. Si hay tiempo de espera, hay que esperar.

—Parece que tienen problemas de sonido.

—Problemas de oído tendrán.

—La esperanza es cosa de muertxs.

—Hay que ver el *streaming*, xadre. ¿Para qué ir a la carpa?

—¿Para qué salir de tu casa?

—¿Y si no tenés casa?

—Te damos casa.

—Exageradxs.

—Si no tenés casa, ¿estás siempre afuera?

—¿Podés ponerte en el lugar de lx otrx, locx?

—Mil quinientas personas.

—Somos trescientas personas.

—Quince personas desconectadas.

—La esperanza no pide discursos, pide recursos.

—Es todo un gran libro.

—¿De quién?

—Es todo un gran libro usado.

—¿De quién?

—Si hay recursos, no hay esperanza. Si no hay recursos, aparece la esperanza.

—Es un emergente.

—Descubrieron un planeta de diamante.

—La esperanza es una emergencia.

- ¿De diamante?
- ¿Qué estás leyendo?
- ¿Por qué no te fijás antes de cuestionar?
- ¿Eso te da esperanza?
- ¿Qué estás queriendo decir?
- ¿Qué estás dejando de decir?
- ¿Me pasan un mate?
- ¿Nos sentamos?
- ¿Cuánto falta?
- ¿Cuánto hace que estamos acá?
- ¿Te duele la cabeza?
- ¿Tenés aspirinas?
- ¿Está todo listo?
- ¿Todo?
- ¿Algo?
- ¿Cuánto más hay que esperar?
- ¿Por qué no nos quedamos en silencio?

Sala de chat *online*. Rondas de espera al Santiagueño. Caminantes.

La pantalla, teclado, *mouse*, los auriculares destellantes como únicas fuentes de luz en la habitación oscura. La silueta del programador se deduce del juego de reflejos, la cabeza moviéndose al ritmo de la música que apenas se oye desde afuera de la burbuja conjurada. Los ojos concentrados en la espera. El dedo índice de la mano derecha descansa sobre la tecla *Enter*, iluminado de a sutiles ráfagas por la luz amarilla-verde-azul-violeta que barre el teclado, en movimiento continuo, de izquierda a derecha. Los dedos de la mano izquierda repican sobre la madera del escritorio, marcan un ritmo desparejo. El tamaño de la habitación es difícil de precisar.

La cabeza asiente ante el conjunto de caracteres que aparece en el renglón superior de la pantalla. Las manos se agolpan sobre el teclado, escriben compulsivamente. La tecla *Enter* corta la acción, reinicia la espera.

Las manos buscan el vaso, el sorbete alcanza la boca. El programador sonrío. El nombre de la compañía agroquímica, especializada en la producción de pesticidas, herbicidas, otros *-cidas*, y en la modificación

genética de granos para soportar esos químicos, se dibuja en el tercer renglón de la pantalla, acompañado por otros caracteres de difícil lectura. Sobre el mismo renglón, en el otro extremo de la pantalla, un contador numérico decrece cada segundo. El programador espera. Con el número diez devuelve el vaso a su lugar, invisible a la vista por la falta de luz. Con el ocho escribe otra secuencia ininteligible. Con el tres lleva un dedo a la tecla *Enter*. Con el uno la presiona.

—Adentro —dice.

Y puede verse, en algún lugar remoto donde la megacompañía multinacional aloja alguna parte de sus sistemas informáticos, como si la silueta de una persona se dibujara dentro de la oficina cerrada con llave, observara su entorno y, en especial, la computadora sobre el escritorio que tiene las puertas de acceso a miles de registros de bases de datos listos para ser accedidos, modificados y, ciertamente, eliminados. La silueta fricciona sus manos, en espejo con el programador que, detrás de la pantalla a quién sabe qué distancia del lugar, se prepara para la intervención.

4

Laura se sienta frente al escritorio, el estómago revuelto después de la reunión revuelta después de las pastillas que no resuelven nada. El malestar se proyecta y expande por vías internas, alcanza los sensores de estabilidad. Una mano sostiene la frente, la otra escribe, lento, en el chat interno de la empresa.

—Estimados... as... es —lee a ritmo de escritura— extendiendo... mis... disculpas...

El ruido del estómago es claro.

—Ay, Dios.

El brazo va de la frente a la panza.

—...por haber... actuado... en contra...

La mano intenta acelerar la redacción, pero es la menos hábil y los dedos tardan en encontrar cada letra en el teclado.

—...de las disposiciones... Ahh...

Laura se dobla en dos sobre la silla, la cabeza golpea contra el escritorio.

—Ahh... ¿por qué?

Los ojos se humedecen. Una mano busca el celular mientras el cuerpo se agita, el torso se mece levemente hacia arriba y hacia abajo. La silla cruje con el movimiento. Abre la aplicación del chat interno, que funciona en paralelo en ambos dispositivos.

—Estimados, as, es —dice, usando la función de dictado por voz—
extiendo mis disculpas por haber actuado en contra de las disposiciones de
la compañía... —exhala el aire contenido—. No puedo más.

Lee el texto escrito sin enviar. No coincide con el dictado, excepto por el
“No puedo más” al final de la oración. Los pies tiemblan.

—¿Qué hago? Tengo calor.

Toma un control remoto. Enciende el aire acondicionado, ajusta la
temperatura. El visor muestra el número 17. Suelta el control.

—Andrés —dice.

Busca la aplicación de mensajería en el celular, presiona el nombre.
Verifica la hora y minuto en que estuvo conectado por última vez. Insulta por
lo bajo.

Otra vibración, otro mensaje SMS —“Su billetera virtual ha sido
restablecida. Le enviamos una bonificación para que disfrute...”—. Abre el
correo electrónico. Presiona el ícono que representa una lupa. Escribe:
“Damián E”. El resultado es inmediato: la lista de correos se extiende más
allá de lo que cabe en la pantalla, *mails* recibidos de Damián, *mails*
enviados a Damián. Abre el primero —el último que recibió, diez años atrás
— y la vista se nubla.

Inspira con fuerza.

—Ahh, ¿qué estoy haciendo? —se lamenta.

La humedad se extiende por todo el cuerpo, el cuello, las manos. “¿Qué día es hoy?”, piensa. Sin poder erguirse por completo sobre la silla, toma el *mouse*, busca las configuraciones de internet. El esfuerzo para sostener el cuello extendido. Selecciona al azar algunas opciones. “Aceptar”.

“Aceptar” otra vez.

“Aceptar”.

“Aceptar”.

La pantalla no cambia ante cada clic.

Aceptar.

El sonido la toma por sorpresa. Una voz sale de los parlantes de la computadora.

—...me maltrataron, hicieron de mí una cosa, desconecté la cabeza de mi cuerpo. Todas las semanas llegaba una chica nueva al sótano...

Laura mueve el *mouse*, busca el origen de la voz. Es el navegador web, es la página de videos *online*, una publicidad de reproducción automática. Un galpón amplio, semidestruido, una mujer que habla de sí y de otras en su situación. Tiene un pañuelo en la cabeza, no habla español. El mensaje está doblado. El enlace debajo del video conecta con una página en otra parte del mundo, invita a dejar una donación.

Laura baja la cabeza, el cuello está cansado. El *mouse* hace *clic, clic*. La otra mano acciona el celular.

—Nacho, ¿dónde está mi hija? —dice para sí.

El cuerpo sigue doblado sobre sí mismo.

—Nacho —repite, como si el cerebro le hubiera alcanzado el nombre y ella tardara un momento en entender para qué.

El dedo corre sobre la pantalla, busca el contacto de Nacho, presiona llamar.

“Aviso publicitario pago”, lee, mientras el video se extiende en la pantalla del celular.

—¡Ahora no! —dice, el dedo golpea el botón para cancelar el video.

“Las condiciones de uso de este equipo promocional requieren que usted vea el video”.

—Ya sé, ya sé.

“Aceptar”. El dedo toca la palabra “Aceptar”.

—La especie siberiana de los osos polares —comienza el video— está en peligro y usted puede ayudarlos.

—Los días pasaban muy lento en ese subsuelo, las personas pasaban muy rápido —se entrecruza la voz desde la computadora.

Laura cae de rodillas al suelo, acerca la cabeza al tacho de basura. La boca dibuja una ‘o’, la garganta hace un esfuerzo para expulsar algo, pero nada sale. El viento frío del aire acondicionado baña el cuello y la cabeza justo en esa posición.

Andrés abre la puerta, cierra la puerta, ya está adentro. Lo recibe el parpadeo azul de la luz del módem. El departamento está tan vacío de vida como todo departamento de alquiler temporario en la parte alta de la ciudad. El ventanal enorme, apenas abierto, deja pasar algo de aire y algo del ruido de la calle que logra escalar a semejante altura. Andrés reduce al máximo su contacto con el lujo del lugar. Encuentra un enchufe, conecta la computadora, espera sin encenderla. Busca el celular en el bolsillo como acto reflejo.

—Cierto —dice.

Entonces, el silencio de dispositivos.

Va hacia la heladera, Nacho le aseguró que estaría llena. Le dijo otras cosas muy rápido al entregarle la llave del departamento, para después detenerse una vez más en Maite y Andrés, y sacar las mismas conclusiones respecto al parecido entre Maite y su hermana menor, alumna de Andrés en la escuela —eran casi idénticas, aun con diez años de diferencia—. Disfrutaba pronosticar el potencial escándalo si la institución notara ese

parecido y tomara posición al respecto. Andrés lo escuchaba navegar las mismas ideas por enésima vez sin decir mucho⁴⁰. Luego se preguntaba por qué seguía pidiendo favores a alguien que le daba respuestas tan lejanas a su esencia.

Toma la botella de agua mineral. Es extraña en su forma y material, algo entre el vidrio y el plástico, pero más cercano al vidrio. Tiene un logo que se repite en la puerta de la heladera, sobre el botón que acciona el mecanismo interno que mineraliza el agua. “No hay agua potable, pero no le digas a nadie”, había dicho Nacho. “No me lleves, soy reutilizable”, dice la botella. El diálogo entre objetos y personas.

Se acerca al balcón. La calle debajo remite a una fosa que separa un castillo del resto del mundo, y esto inmediatamente lo retrae al episodio que evoca una y otra vez: vuelve al medio del barrio periférico, a la casa rodeada por la fosa de agua. Va más atrás, ve a la mujer cavar con esfuerzo, lenta, alrededor de la casa. Y entonces la escena que presencié por completo: el chico de tres años paralizado frente al perro que ladra como si estuviera poseído, el chico que no sabe cómo escapar, el tiro que frena en seco al animal a punto de desgajar al chico. El soldado del Curva con el arma todavía a la vista, detrás de las rejas que separaban el reino de la droga del rancherío desnutrido del barrio. El silencio se extiende por varias horas —hay mucho susurro, pero más que nada silencio—, y nadie en sus conjeturas prevé la reacción de Doña Dola. Esa misma tarde, pala

40 Pensaba que, antes, la institución pondría el grito en el cielo (y en el Cielo) al tomar conocimiento de que la relación con Maite es una relación paralela a la que tiene con Laura, la madre de su hija, y que ambas saben de la existencia de la otra.

en mano, la matrona del barrio empieza a cavar alrededor de la casa. Nadie la detiene. El Curva la deja hacer. En tres días termina la zanja. Lo hace sin hablar, sin mostrar achaques de la edad, sin revelar a nadie que ese perro era su hijo vuelto a la vida, llegado a su casa al trote y con la lengua afuera antes que la misma noticia de la muerte del hijo en un choque de barras. Ahora el hijo trasmataba en zanja, una zanja que no servía para nada, que se llenaría de agua los días de lluvia y habría que saltar para entrar o salir de la casa.

Andrés vuelve la vista al negro de la pantalla de la computadora. Se acerca, presiona el botón de encendido. El destello de la pantalla lo despabila.

Se sienta en el piso, apoya la botella a un costado. La condensación hace su trabajo y deja gotitas en un lado y en otro. La computadora no muestra imágenes, sólo un caracter > y un rectángulo que titila como si esperase algo. Las manos de Andrés, entonces, escriben. Lo hacen rápido, pero más resalta la regularidad del golpeteo a las teclas. El flujo es constante, preciso, sin acentos que preponderen una tecla por sobre otras. Hay claridad en cada inserción, como si se desarrollara un discurso preparado, aun si Andrés ingresa por primera vez el conjunto de comandos que consolidarán el trabajo de los últimos días, que cambiarán finalmente los títulos de los terrenos en los registros de propiedad de la Provincia.

Enter.

La pantalla se llena de caracteres, ordenados en filas y columnas que relacionan nombres, códigos alfanuméricos, direcciones, geolocalizaciones y más campos de datos.

Enter, y la pantalla vuelve a negro.

Andrés asiente y mira el módem.

—Ok, va.

Se acerca al módem, mantiene presionado dos botones por unos segundos y vuelve a la computadora. Se agacha sin sentarse e ingresa un comando corto. *Enter*.

—Conectado a internet.

Otra secuencia de caracteres. *Enter*.

Un signo igual (=) se dibuja en el último renglón de la pantalla. Luego otro justo al lado. Luego otro y otro. En el extremo derecho, un número se reduce uno a uno con cada segundo, como si quisiera llegar a cero.

Andrés junta las manos, asiente. Se levanta. Un pie se encuentra con la botella, que resbala unos metros sin volcar su contenido. Andrés la ve detenerse junto al cable de la computadora y respira. La cuenta regresiva sigue su curso.

Se acerca a la mochila, revuelve el contenido y encuentra el dibujo infantil firmado por “Elenita” con letra de la madre. Asiente. Vuelve a guardarlo. Da con un celular, uno pequeño, de tecnologías de principio de siglo y una marca que ya no compite en el mercado. Presiona un botón en la base, la tapa trasera se abre, verifica que la batería está en su lugar. El celular está apagado. Se acerca a la ventana y espera.

—Ahí puedo ver la Asamblea. Empezó la transmisión.

El programador se acomoda sobre la silla frente al escritorio.

—¿La vas a ver acá? ¿Por qué no vas a tu casa?

—La veo y después sigo.

—Seguí desde tu casa.

—Yo también veo la Asamblea acá.

—Ah, ahora son todos religiosos.

—No, me refiero a que la están pasando por el canal de noticias, lo vengo monitoreando.

—¿El canal va a pasar la Asamblea? ¿Quién está poniendo plata ahí?

—Algo quieren tapar.

—Me parece que es parte del *hackeo*. Pararon las imágenes raras y apareció la carpa de la Asamblea.

—Jaj... el *hacker* espiritual.

—Jaque a la esperanza.

Silencio.

—Jaque, *hacke-o* —juega con los homónimos.

—Hagan silencio que sale el Santiagueño.

—Ponete los auriculares, mostro, yo no lo voy a ver.

—Nadie lo va a haber.

—Bue, exagerado, hay como dos mil personas ahí.

—Eso porque se viralizó.

—Más respeto que a mí me llega.

—Obvio, *man*, hacé la tuya.

—Pero con auriculares.

—¿Es un dron? —alguien se asoma al hombro del programador
creyente, mira la pantalla del *streaming*.

—Sí, la imagen está bárbara.

—¿Toda esa gente afuera?

—No sé, irán entrando.

La cámara cambia y toma el interior de la carpa.

—No, mirá, está repleto.

—Más que dos mil parecen cuatro mil personas.

—Soy un desastre contando gente.

—La calidad de imagen es tremenda. ¿El sonido?

—Todavía no habla, hay ruido ambiente nomás.

—Se va a escuchar mejor el *streaming* que ahí.

—¿Cómo es la Asamblea?

Silencio.

—No sé, nunca fui.

—Che, ¿la vieron a Laura? —la voz de Eduardo.

—Está en la oficina.

—Está en mal estado —se ríe alguien.

—Abrió internet, pero rompió otra cosa —sigue Eduardo, serio.

—Aparece como que está escribiendo algo en el chat.

—Hace cinco minutos que dice “Laura está escribiendo...”. La colgó.

—Apretó una tecla y sigue ahí.

—Le escribí por privado y no responde. La voy a ver.

—Agarrate.

—¡Está saliendo el Santiagueño!

La ovación de la gente se siente desde varias computadoras.

—Ah, son varios mirando.

—Es un evento. Quiero ver qué pasa.

—Yo ya lo cerré.

—Yo lo tengo minimizado y voy mirando de a ratos.

—¿Se ve mejor en la tele o por el *streaming* oficial?

—Yo estoy mirando el vivo⁴¹ de alguien que está adelante de todo.

—Pasá el usuario.

—Empieza a hablar.

—Ahí arranca el tipo.

Se oye el llamado a la puerta, el “Laura, ¿estás?” de Eduardo.

Silencio.

—Che, no se escucha nada.

41 Transmisión directa desde el celular de un usuario, a través de su perfil o canal de alguna red social.

—Acá tampoco.

—¿No le anda el micrófono?

—Se me cortó la transmisión.

—Acá se cayó la página.

—La tipa del vivo dice que hay problemas de sonido.

—De *streaming* también.

Una serie de pequeños *tac*, chasquidos electrónicos, y todas las pantallas se apagan.

—¿Qué...

—Se cortó la luz.

El grupo mira hacia arriba, comprueba que las luces del lugar están apagadas.

—¿Saltó algo?

—Es general —dice Eduardo, desde la ventana.

Verónica apoya la frente en el vidrio frío de la ventanilla. La esperaron hasta último momento, y el bamboleo sobre las calles de tierra del barrio demoró aun más la salida. Los reclamos que recibió al inicio de viaje se acallaron. “No se puede ir del Santiagueño sin perdonar a la compañera”, había dicho alguien.

El colectivo avanza por la ruta con toda la fuerza que tiene. El asiento al lado de Verónica está vacío. No la rodean cajas, bolsas, Ernesto ni nadie. Los ojos buscan afuera el auto con el hombre y la chiquita, pero no aparece. “Es otro sueño”, piensa, y esto la confunde.

—¿Me puedo sentar?

Verónica levanta la vista.

—Sí —dice, busca el nombre de la señora en la memoria. Es una persona del barrio.

—Gracias. —Tarda en acomodarse—. Vos sabés que... ¿te puedo decir algo?

Verónica se reubica en su asiento, mira a la señora y luego al frente.

—Sí —dice.

—A varias nos alegró... verte llegar. Pensábamos que él... tu esposo... no te iba a dejar.

—¿Ernesto? ¿Por...

—Está bien —la voz es cálida, la señora acerca su mano al brazo izquierdo de Verónica—. No tenemos que decir nada más.

El contacto activa algo en Verónica, no sabe bien qué, pero se conecta directamente con los lagrimales.

—No es tu culpa, ¿sabés?

La señora la mira a los ojos. Verónica los mueve apenas para responder a la mirada. Asiente.

—Varias de nosotras... —la señora se detiene, baja la voz—: varias de nosotras no volvemos... y me mandaron a preguntarte si a lo mejor vos querías...

Alguien pasa corriendo hacia el frente del colectivo, golpea el asiento con una pierna.

—¡Parelé, parelé! —gritan varios.

Las caras se acercan a las ventanillas. Un muchacho hace señas desde la banquina, agita los brazos. Junta las palmas cerca del pecho cuando ve que el colectivo desacelera. Verónica, al otro lado del colectivo, se incorpora siguiendo a su compañera de asiento.

—¡Ábrale!

—Ya vaa —extiende la vocal el chofer, más risueño que fastidiado ante la necesidad de los pasajeros de mostrarse solidarios.

El motor tiene más facilidad para frenar que para seguir corriendo.

—Gracias —sube el muchacho—. Van a la Asamblea, ¿no?

—Vamos atrasados —el chofer.

—No me paraba nadie. —Está apenas agitado. No espera la pregunta para seguir, ante la mirada de casi todos entre los primeros asientos. El colectivo empieza a moverse—: Venía en auto con un tipo y la nieta. Reconozco que me subí al auto sin pensar. Crucé dos palabras con el tipo antes de salir del parador en la ruta —mientras habla, juega con los auriculares pequeños entre las manos—, iban para el mismo lado que yo, el tipo parecía medio ido, pero ya fue: eran cinco, diez kilómetros y me dejaba cerca de la carpa, tampoco le iba a pedir que se metiera al campo y me llevara hasta la puerta. El auto era viejo pero el tipo aceleraba bastante. Yo le hablé un par de veces, le decía “Ahh, lo acelerás al fierro, ¿eh?”, y el tipo aceleraba un poco más pero iba callado, era una estatua. Nunca me miró. En un momento se me ocurre agitarlo un poco: “¿Es todo lo que da? Dale más, ¿a ver?”. Y ahí volamos de verdad⁴². La nena se largó a llorar —Verónica abre los ojos—, yo le pido al tipo que frene, que me bajo ahí, que me deje. Se me fue el alma del cuerpo. ¿Se dice así? Se me fue el alma... bueno: el tipo dobla a mil en un cruce, el de más atrás, el cruce que ustedes acaban de pasar —señala hacia atrás del colectivo—, pegó un derrape que casi estallo el vidrio con la cabeza. Y ahí paró. Me bajé. Aceleró al toque. Nunca dijo nada. “¡Gracias!”, le grité. En fin, ya estoy acá —se agacha dando media vuelta con el cuerpo—. ¿Me puedo sentar? —señala el

42 Referencia: *El elefante* (1986), de Raymond Carver.

pequeño escalón que separa el nivel del chofer del resto del colectivo hasta el fondo.

—Ya está, hermano, ya pasó —se oye de más atrás. Dos o tres inician un aplauso que se apaga en seguida.

—Rezamos por esa nietita —una persona toca la espalda del muchacho, que mira sobre el hombro mientras ubica los auriculares en las orejas y asiente. El resto de la gente se reubica en su lugar.

—¿Tiene campera rosa?

La voz de Verónica es apenas audible, no llega a los oídos del muchacho. La señora a su lado esboza una sonrisa.

—Vos venís con nosotras —le dice, deja el asiento para volver a su lugar.

—¿El colectivo vuelve al barrio? —pregunta.

La señora se detiene, lleva el dedo índice a la boca, la mirada cómplice mientras deja salir algo de aire entre los labios.

Las clavav en el aire, el malabarista las recibe y vuelve a lanzar hacia arriba con movimiento exigido. Se balancea sobre la tabla de madera vieja que al tiempo está en equilibrio sobre el cilindro plástico. El cilindro rueda; va y viene de un lado al otro como si estuviera indeciso. El artista se dificulta la tarea. A su espalda, el semáforo en rojo. Los autos en espera conforman el público.

Andrés, los brazos cruzados sobre el marco de la ventana, lleva la mirada de la acrobacia al triángulo de pasto verde donde percibe tres puntos uniéndose y separándose como expulsados por fuerzas centrípetas y centrífugas, respectivamente. Las primeras bocinas no captan su atención. El movimiento de los autos a destiempo, sí. Ve al malabarista rodeado, en equilibrio de supervivencia. Las piernas se tensan y destensan sobre la tabla para evitar la caída. Los autos se abalanzan sobre la intersección. También los de la calle transversal.

—¿Qué pasa? —dice Andrés, al tiempo que cae en la cuenta, se separa de la ventana con un golpe seco. El módem está apagado. Se acerca a la

computadora, que todavía tiene carga en la batería. Un mensaje indica que la tarea está abortada.

La brisa corre suave.

Andrés vuelve a la ventana, los semáforos no funcionan. Presiona una, dos, tres perillas que encienden luces en el departamento. Nada.

—Corea —dice.

Verifica la hora en el reloj-muñeca. Niega con la cabeza. Se agacha e ingresa un comando en la computadora. *Enter*. Niega con la cabeza. Dedos pulgar e índice van a los ojos, presionan. Cierra la computadora. Desenchufa. La guarda en la mochila. Toma el celular de vieja tecnología, lo lleva a la boca mientras piensa.

—¿Para qué?

Saca la computadora. Se acerca al módem. Enchufa, desenchufa. Nada. Las acciones son rápidas, como quien piensa moviéndose.

Alguien toca a la puerta.

—¿Quién...? —dice por lo bajo. No se mueve.

Otra secuencia de golpes.

—¿Andrés?

La voz es femenina. Andrés frunce el ceño.

—¿Sí? —dice.

—Soy la vecina.

Silencio.

—Del B.

—Sí —dice Andrés, afirmando nada.

—¿Me abrís un toque?

Hace un movimiento incierto a izquierda, luego a derecha.

—Ok, va —dice.

Apoya lo que tiene en las manos sobre un sillón blanco, o más bien de otro color, pero está cubierto de forma decorativa con una tela blanca.

—Sí —dice, al abrir la puerta.

—Sí, mirá, no te quiero joder —la voz es algo nasal, la chica es más baja que Andrés—. No nos conocemos, disculpá que te joda. Viste que se cortó la luz —Andrés asiente—. Yo estoy con un quilombo, me estoy yendo de viaje, el ascensor me comió una valija: la había dejado adentro y se cerró la puerta con el corte. Yo quedé afuera, el avión sale en dos horas, no importa. Bajé por las escaleras para ver si podía accionar algo desde el lobby. No te lo recomiendo si no las conocés, son un desastre esas escaleras. Bueno. No pude hacer nada. La cosa es que vi a esta mina en la puerta, cara de desesperada, le hice unas señas, le abrí, le pregunté qué onda. El portero no funciona con el corte de luz y el generador no arranca porque estos pelotudos de las criptomonedas enganchan computadoras al generador y le gastan el combustible, en fin. Ahora salieron a buscar nafta. La cosa es que la mina me dice que busca a un Andrés, yo le digo que no vive ningún Andrés acá, me dice que ya sabe, que por eso, que no sabe dónde está y ahí me acuerdo que te vi entrar. Yo soy de este piso y vi que entraste acá, que es el depto de Nacho. Él lo subalquila, todos sabemos. No se puede por reglamento pero no pasa nada, todos tenemos nuestros muertos en el placard. La cosa es que no le dije nada, la saludé nomás,

pero subí y cuando pude respirar digo, “Le toco la puerta y le aviso, por las dudas”, no vaya a ser que, no sé, sea algo grave, vos disculpá, vos debés tener tus quilombos también —la chica hace un pequeño movimiento, los ojos miran dentro del departamento como queriendo confirmar algo—, yo no me quiero meter, yo también tengo mis quilombos, pero te quería avisar nomás. —Y sonrío.

Se oye el timbre de un teléfono dentro del departamento. Andrés levanta las cejas, desconoce el sonido. Y empieza a toser.

—Ése es el fijo —dice la chica—. ¿Estás bien vos?

La tos retumba en el pasillo vacío. Andrés asiente, ojos semicerrados, una mano como puño cubre la boca.

—El teléfono fijo —aplaude y sigue la chica—. Cada departamento tiene uno. Lo tenemos por un tipo medio raro que se metió a último momento en el fideicomiso del edificio, antes de que lo hagamos, y pidió que pongamos generadores (eso ya lo íbamos a hacer) y recontrajodió para que pongamos líneas fijas porque decía que cuando todo explotara lo único que iba a funcionar eran los teléfonos fijos. Ponele, no sé, bueno —Andrés tose levemente—. Están en cualquier parte, no sé dónde le quedó a Nacho. El mío está abajo de la mesada. Los escondieron por la estética. Bueno, en fin. Ah, ahí dejó de sonar —Andrés lo comprueba, mueve la puerta—. Hacé la tuya, no te jodo más, yo estoy acá en el B, te dejo que tengo este quilombo de la valija y los tipos de la empresa de ascensores no me atienden. Qué sé yo, algo voy a hacer. Cualquier cosa sabés adónde estoy —y guiña un ojo, sonrío, desaparece de la vista.

Andrés se queda un momento estático frente al pasillo. El teléfono fijo vuelve a sonar.

El Santiagueño mira el micrófono, la expresión inmutable. Dos o tres personas de la coordinación se acercan, con minutos de separación, y hacen lo mismo sin sacárselo de las manos: tocan la perilla de encendido, una lucecita roja parpadea y se apaga. Actúan como si quisieran esconderse o ser invisibles. Se hacen señas entre sí, luego hacia el fondo de la carpa, quién sabe a quién. Otros coordinadores del evento —se los reconoce por el rectángulo plástico que llevan colgado del cuello— pasan entre la gente.

—Permiso, permiso —dicen.

Avanzan a paso acelerado, pero no corren. El murmullo crece entre la gente.

—No hay sonido —dicen.

—Ya se sabía de antes.

—Eso era otra cosa.

—No sabemos, no sabemos todavía —dice un coordinador, intenta crear la ilusión de control.

Se reúnen al costado de la tarima larga donde sigue parado el Santiagueño, que los mira de lejos. Por unos minutos, la escena no se modifica. Uno de ellos se acerca al gurú con cuidado de no hacer ruido sobre los tablones del escenario. El murmullo se acalla.

—Hay un corte de luz —dice. Lo hace con un susurro que se oye, dado el silencio, entre las primeras filas—. No sabemos cuándo vuelve. No estaba previsto.

El Santiagueño asiente, entrega el micrófono. Pasa la vista por la multitud, algunos ojos le prestan atención, otros se enredan entre comentarios. Y con movimiento lento, controlado, se sienta sobre el escenario.

—¿Qué hacemos? —dice el coordinador de tarjeta plástica, mirándolo desde arriba, de pie.

El Santiagueño lleva la vista a sus ojos. Levanta los hombros, con el gesto de quien va a decir algo evidente o algo de lo que no tiene certeza.

—Esperar.

Silencio.

—¿Qué dijo? —dicen varios en la primera fila.

—Que hay que esperar.

—¿Esperar?

—¿Otra vez?

—¿Esperar qué?

—¿Esperar más?

—Van tres horas que espero.

—Hace una semana que espero.

Y así se esparce la respuesta del Santiagueño.

—Pero ahora esperamos juntos —dice alguien, y esto se esparce y al poco tiempo se asocia a la respuesta del Santiagueño que, en silencio, observa la sala desde su lugar.

La coordinación recibe sus palabras (*su palabra*) y comienza a moverse.

—Nos da tiempo. Capaz que resolvemos —dice uno.

—Sí, yo puedo...

—Yo me quedo acá —dice otra.

—Vení conmigo, compa, hasta la torre.

—Dijo que esperemos.

—Sí, eso es para la gente.

—¿Y vos qué sos?

Más de uno en el público da media vuelta, se dirige hacia la salida de la carpa saltando entre cuerpos sentados de diferentes maneras, recostados en las piernas de otro, en silencio o conversando con quienes lo rodean.

—Dijo que esperemos —les dicen.

—Yo me voy —responden. O no dicen nada.

Afuera de la carpa, la mayoría se aleja un poco, se sienta sobre el pasto seco o la tierra del lugar. Más de uno se asoma, intenta corroborar la versión que llega desde adentro.

—¿Seguís transmitiendo? —pregunta alguien a una persona que mueve el celular de un lado a otro.

—Hace rato que no hay señal. Sigo filmando nomás. Después lo subo.

—Shh... —se oye por ahí.

El silencio se esparce y quedan pocas voces revoloteando, lo que permite oír con nitidez el grupo que llega caminando, las conversaciones mezcladas, el ritmo de una canción lejana marcada con palmas. Cuatro mujeres van adelante. Casi trescientos las siguen.

—Es lo que les digo, hermanos, ése es el mensaje —uno de los que camina mueve las manos y explica a varios que lo rodean—: hay un tablero gigante, un millón de millones de casilleros. Todas las personas que existen o existieron están ahí. En los casilleros negros hay personas con una manzana, en los blancos hay personas que tienen hambre. ¿Qué van a hacer los que tienen la manzana? —A medida que avanzan, algunos seguidores del Santiagueño oyen y se levantan del lugar, se acercan al orador desconocido—. Algunos la dan, otros la parten al medio, otros se la quedan. ¿Vas a esperar que todos hagan lo mismo, como si fuera un juego de espejos, todos los brazos entregando su manzana a la persona que está con hambre? Es ilógico. También tenés los que intentan manotear la manzana. Ponele que hay diez o doce posibilidades: bueno, esas diez o doce se esparcen aleatoriamente por todo el tablero, a distinto tiempo, y si hacés la combinatoria tenés toda la mezcla en la historia de la humanidad. Es teología con algo de geometría⁴³.

Los grupos se funden mientras las guías toman nota en unos papeles. Una se adelanta.

—¿Hay alguien de la coordinación?

⁴³ Referencia: *La conjura de los necios* (1980), de John Kennedy Toole.

—Adelante de todo.

Entra a la carpa.

—¿Traen el sonido? —pregunta alguien.

—¿Por qué hay tanto silencio?

—¿Qué sonido?

—¿Para qué?

—¿Adónde estamos?

—¿De dónde llegan?

—¿Acá están los terrenos?

—¿Qué terrenos?

—Falta, falta.

—¿Por qué paramos?

—Hay que esperar.

—Hay que seguir.

Las voces se mezclan.

Andrés tira de la heladera, intenta moverla de lugar. El sonido del teléfono llega desde detrás. Tose mientras se esfuerza. El artefacto se desliza, avanza unos pocos centímetros. La tos es seca, unas gotas alcanzan la piel de las manos, salpican el buzo y otras superficies.

—Dale, dale —dice, hace fuerza con los dientes.

El teléfono, amurado a la pared, sigue timbrando.

—Un toque nomás, no es tan difícil. —El diálogo entre las personas y las cosas.

La heladera cede. Andrés sube a la mesada de mármol rojizo, mete la mano y el brazo en el espacio entre la heladera y la pared.

—Vamoos —extiende la 'o'.

Juega con los dedos al encontrar el aparato, intenta separar de la base lo que reconoce como el auricular.

—Está.

El auricular resbala y cae, raspa contra la rejilla de la heladera. Golpea contra el suelo. Los dedos alcanzan el cable que conecta ambas partes.

—Ahora sí.

Andrés recoge el cable. El ataque de tos le hace golpear con un puño la heladera mientras lleva el auricular a la oreja.

—¿Andrés?

—¿Laura?

Silencio.

—¿Laura?

—¿Adónde estabas? —la respiración es fuerte, como si estuviera ahogada.

—¿Cómo adónde estaba? Acá, adonde me llamás. ¿De dónde sacaste el número?

—Nacho. Se lo extirpé antes del corte de luz. ¿Qué le pasa a ese flaco?

—Qué sé yo —Andrés traga con fuerza, retiene la tos—. Es lo de siempre.

—Me saltó otra vez con el “no sé adónde está”, que no se quiere meter y así. Le dije que yo ya sé de la mina, que él sabe que yo sé, que qué le pasa.

—No sé qué le pasa. No estoy con Maite. Él ya sabe.

—Sí, ya sé. ¿Qué hacías?

—Lo del código.

Silencio.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—¿Cuántos? —El ruido del estómago llega a través del teléfono.

—No estoy seguro.

—Cuántos registros, quiero decir.

—No lo digás por teléfono.

—¿La línea fija de Nacho? ¿Eso van a pinchar?

—Doscientos.

—¿Va a andar?

—No sé —hace una pausa—, no sé.

Silencio. Laura:

—Me siento para la mierda.

—¿Qué comiste hoy?

—Cualquier cosa.

—¿Tomaste?

Silencio.

—Anoche también tomaste.

Silencio.

—¿Te llevaste las pastillas que compré?

—¿Y vos con la tos?

—No se me va.

—Si no hacés nada no se te va a ir.

—Ya hice.

—¿Te hablé alguna vez de lo de Damián?

Andrés demora en responder:

—Sí, Lau, obvio.

Silencio.

—Elenita no volvió a aparecer en el mapa, ¿sabés? Mi viejo está loco.

No va a volver.

—Va a volver.

—Esta vez no va a volver.

—¿Qué decís, Laura?

—Es lo que siento, Andrés, una madre sabe estas cosas.

—Ya van tres veces que sentís lo mismo.

—Te pedí por favor que no la dejemos con mi viejo, que contratáramos una niñera.

—Prefiero que se vaya con el viejo a una niñera que le va poner Disney⁴⁴.

Silencio.

—No puedo más así, Andrés.

Silencio.

—No puedo más. Ah, tu teléfono lo tiene un flaco, ¿te robaron? Me dijo que no, pero no le entendí. Se reía y me decía que estaba convenciendo al gemelo para que no le robe a una mina que estaba a los gritos atrás queriendo filmarlos.

Andrés tose y se ríe.

—No puedo más y vos te reís.

—Es cómico. No sé cómo encendió el teléfono.

—¿Me querés, Andrés?

—¿Eh? —tose.

44 Megacorporación.

—Si me querés.

—Cla... —tos— ...ro, sí.

Andrés se acomoda, usa la mesada como asiento, las piernas cuelgan y golpean las puertas debajo. Sigue:

—Elenita vuelve, siempre vuelve. Si tu viejo no tiene adónde ir... Se le acaba el mapa y vuelve a casa.

La respiración fuerte de un lado. La tos del otro. Laura:

—Ok. ¿Viste que descubrieron un planeta de diamante?

—¿Cómo de diamante?

—No sé. Me robaron de la billetera hoy.

—No sé para qué tenés esa billetera.

—Pero me devolvieron todo y me bonificaron.

—¿Cuántas veces vamos a hablar de que eso no es seguro?

—Es mínimo lo que tengo ahí.

Andrés estira un brazo y abre la canilla. Aova la mano libre, forma un cuenco para recibir el agua. Como si recordara algo, dice “No” y la suelta.

—¿No qué?

—Nada, no importa. El agua.

—¿Cuándo volvés a casa?

—Cuando vuelva la luz. No andan los ascensores.

—Bajá por las escaleras.

—Son treinta pisos. Ah, y Maite está abajo.

—¿Hoy te veías con ella?

—No, ni idea. No sé qué hace acá.

—Bueno, fijate. Preguntale. A lo mejor le pasa algo.

—Eso seguro.

—No seas así —acentúa el “seas”.

—Perdón.

—Hablale, capaz necesita hablar. Pero después... ay, boludo, no puedo respirar casi... después venite, ¿sí?

—Tomate la pastilla.

—Ya tomé dos.

Silencio.

—¿Vos tomaste otra cosa anoche?

—No —la voz suena más aguda.

—Ahá.

—No me persigas, Andrés. Nos conocemos.

—Bueno, en fin. Vuelve la luz y vuelvo.

—Vuelvo y vuelve la luz.

—Sí, es un trabalenguas.

—Me salvó de los *deadlines*⁴⁵ el corte.

—Agradecele a Corea.

—¿Del Norte o del Sur?

—No estoy seguro.

—¿Cortaron ellos la luz?

—No, un flaco de allá⁴⁶.

45 Fechas y horarios de entrega de algún trabajo importante.

46 La tecla que dio inicio al proceso que apagó las luces de la ciudad y alrededores, se accionó a las cinco de la tarde, en otra parte del mundo donde no eran las cinco de la tarde. Quien haya trabajado con sistemas informáticos que abarquen territorios en diferentes longitudes del planeta, conoce las dificultades

Silencio. Andrés:

—¿Vos desde dónde me estás llamando?

—Hay un fijo en la salida de emergencias de la oficina. Estoy hecha un ovillo contra la escalera.

—No se te escucha tan mal.

—Me duele todo.

Silencio. Andrés:

—El corte dura tres horas.

—Ah, lo tenés re visto.

—Así quedamos en la sala.

—Me voy a casa caminando.

—Cuidate. Vuelve la luz y bajo.

—Suerte con Maite.

—Sí.

—Te quiero.

Andrés deja de mover las piernas.

—Lo sabés.

que traen los husos horarios. H10 fue la persona en cuestión, "Corea" para algunos, aun si actuó desde alguna parte del interior de Vietnam, desde el dormitorio que lo aloja junto a sus siete hermanos en la casa familiar, modesta, no tan pequeña pero sumamente abarrotada de cosas (Referencia: *El americano impasible* (1955), de Graham Greene). El error en los cálculos fue resultado de una secuencia de pequeños desatinos —discusión olvidable con la madre, demasiada buena suerte en un juego de apuestas con el vecino, cierta embriaguez que trae la victoria, el descuido en el ruido del teclado accionado mientras los hermanos duermen, el *Enter* ingresado a destiempo al notar que una (la pequeña, la preferida por él) casi se despierta— y un grave, colosal error en una suma simple hecha con los dedos. H10 fue designado para la tarea por ser considerado el más difícil de rastrear —de hecho, varios en la sala de chat *online* lo intentaron sin suerte—, y por ser la mascota, el miembro más exótico del grupo, sumado al plan al mostrar cierto interés —meses antes, en alguna otra sala, con algún otro usuario— en las problemáticas de la desigualdad social en Latinoamérica. El corte de luz debía suceder luego de los cambios de registros en los títulos de propiedad, para algo así como generar una distracción a los programadores de Catastros, invitarlos a que se fueran a casa. Era un anexo al plan, una especie de broche de oro o moño de lazo no completamente necesario para la cuestión.

—Sí.

—Después volvé así esperamos juntos a Elenita.

—Sí —la mano a la boca otra vez, el ataque contenido de tos arremete

—. Te... corto.

—Nos vemos. Si no me sale algo del estómago.

—Chau, Lau —apenas se entienden las sílabas.

—...au —se oye del otro lado.

Andrés no intenta llevar el auricular hasta su lugar. Lo suelta, salta de la mesada, y todo lo que sigue es tos. Camina a la otra habitación, busca la botella de agua. Toma el último resto. Lleva la humedad que le transmite el vidrio a la frente. Juega con el *tic, tic*, de una perilla de luz; repite varias veces. No recuerda la posición inicial. Hay una lámpara de pie al costado del sillón. Acciona el botón de encendido, guarda la computadora en la mochila, se sienta. Enciende el celular. “Inserte tarjeta SIM⁴⁷”, lee en la pantalla. “Cancelar”. “Menú”. “Juegos”. Cuatro cuadrados alineados forman una línea que comienza a moverse en la pantalla. Andrés presiona las flechas a derecha o izquierda, cambia la trayectoria de la viborita para buscar su alimento. Se muerde los labios mientras el marcador del juego sube y la viborita, cada vez que come, crece y se mueve a mayor velocidad. Eso es todo.

47 El nombre de la tarjeta que permite al teléfono conectarse a la red de servicios.



Para Franco, irremplazable